



1^{er.}
CONCURSO
DE CUENTOS

RADIO SANTA MARIA

1 9 9 3

CUENTOS GANADORES

ANTOLOGIA

Concurso de Cuentos

Radio Santa María

1993

Antología Concurso de Cuentos 1993



Ilustraciones y diseño
KUTTY REYES

Composición y diagramación
ALFREDO A. PEÑA

Corrección y control de edición
CARLOS FERNÁNDEZ ROCHA

Impreso en República Dominicana por
EDITORIA AMIGO DEL HOGAR
Santo Domingo, D.R.

Primera Edición, 1994
Antología - Concurso de Cuentos 1993
Radio Santa María

Ilustraciones y diseño
KUTTY REYES

Composición y diagramación
ALFREDO A. PEÑA

Corrección y cuidado de edición
CARLOS FERNANDEZ-ROCHA

Impreso en República Dominicana por
EDITORIA AMIGO DEL HOGAR
Santo Domingo, D.N.

Indice

	Página
Palabras de Presentación	7
Cuentos Premiados:	
Chanzas	13
Nostalgias de Madera	17
Suspiria de Profundis	27
Mariposas de la Virginidad	33
Tacuacha Blanca	39
Menciones:	
Benigno	45
La Barriga Salvadora	60
El Potro	65
Bolén Carpio	73
Los Fantasma del Convento	83
Muerte en Silencio	90
Diva	95
Anexos:	
Acta Unica	107
Acto de Premiación	110
Notas sobre la Narración	112

Palabras de presentación

Un Insólito Concurso

Los concursos, en términos generales, tienen una finalidad muy válida. Sirven para dar la oportunidad al que generalmente no la tiene. Por lo tanto, estimula la producción, el esfuerzo, la emulación y la creatividad, cualidades todas que necesitamos en grandes cantidades en las circunstancias actuales. En el caso de los concursos de arte, son quizás más necesarios aún; ya que la publicación, aunque sea en los periódicos nacionales no es una empresa fácil. Por una parte, hay muchos en turno esperando su oportunidad y por otra, los costos de la publicación de un libro sobrepasan las escasas posibilidades de la generalidad de los dominicanos.

Así pues, los jóvenes escritores están siempre en espera de conseguir una oportunidad, propiciada a través de los concursos. Ahora bien, concursar requiere de valentía y de seguridad. Nadie concursa por concursar, se hace porque se cree que se tiene algo que decir a los otros y que esa pequeña parte de la verdad puede ser importante para los otros. El dinero, en la mayoría de los casos, no es relevante

Es por eso que siempre me han agradado todos

los concursos artísticos y en la medida de mis posibilidades he colaborado en los literarios reuniendo ya algunas experiencias en concursos locales y regionales; en consecuencia, cuando el padre Tom Lluberes me llamó para pedirme que colaborara en el "Primer Concurso de Cuentos de Radio Santa María", acepté gustosamente.

Reflexionando sobre el Concurso, advertí que en este caso había muchas circunstancias especiales. En primer lugar, el alcance de Radio Santa María es muy considerable y sus oyentes muy fieles. Por lo tanto, debería esperarse una participación fuera de lo común. En los concursos de la "Alianza Cibaëña", del "Ateneo Minerva Mirabal", el del "Municipio de Jara-bacoa" o en el "Concurso de Navidad de la Diócesis de Higüey" y otros, el número nunca excedía los cincuenta textos participantes; por lo que deduje, en una verdadera pirueta de malabarista, que quizás pasarían de doscientos cincuenta. Faltando solo diez días para la entrega de los premios me hicieron llegar los últimos paquetes, alcanzando el número de cuatrocientos veinticinco (léase, 425 por favor). Hasta prueba en contra, es el más nutrido concurso de cuentos del que he tenido noticia en el país.

Por otra parte, también debía suponerse mucha heterogeneidad. El alcance de Radio Santa María y las características de sus radiooyentes nuevamente marcaban la diferencia. No solo heterogeneidad en cuanto a las temáticas, que es natural, sino en cuanto a la presencia de muchos niveles diferentes de manejo de la escritura y de conocimientos del género; así como de diferentes sub-géneros. La sospecha, nuevamente, quedó ampliamente confirmada. Se recibieron cuentos de Cotuí, Padre Las Casas, Santiago, La Vega, Bonao, Samaná, Villa Riva, Santo Domingo y un sinúmero de parajes y campos de los que en

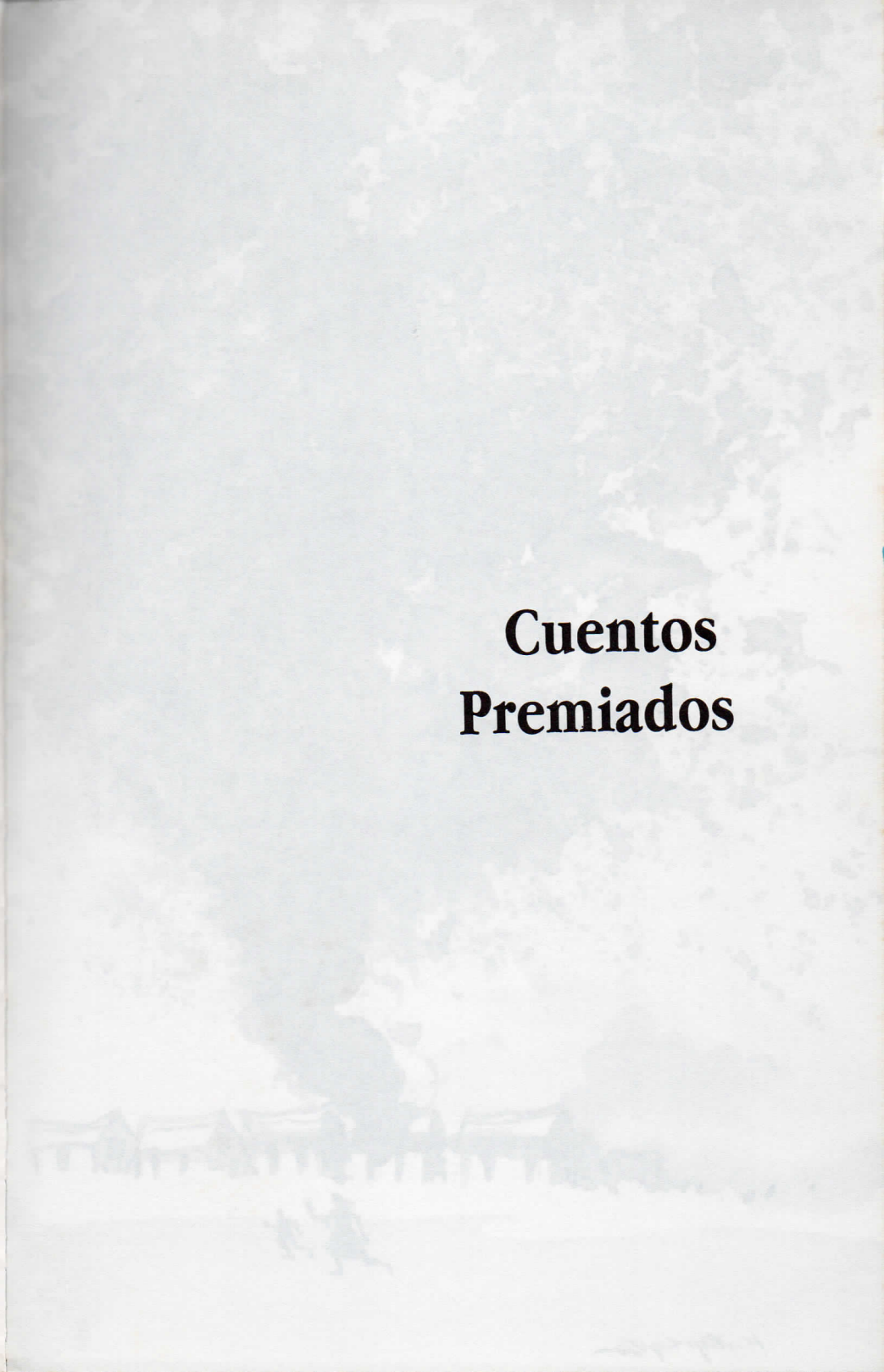
muchas ocasiones no habíamos oído. Además se recibieron desde cuentos de "Pepito y la Maestra" que ocupaban poco más de media página manuscrita, hasta cuentos de un alto grado de sofisticación y una docena de páginas. Por último, había anécdotas, chistes, leyendas, cuentos infantiles, cuentos costumbristas tradicionales, cuentos realistas, surrealistas, etc..

Lo más sorprendente, sin embargo, fue la calidad que encontramos en esos cuentos. Calidad humana, riqueza de experiencias, de ideas y sentimientos... , calidad literaria sorprendente, que envidiarían muchos de los concursos mencionados y aún otros de más prosapia y alcance nacional. Y no es que participaran algún que otro escritor más o menos consagrados, pues los hubo; pero también torrentes de calidad en jovencitos que apenas han pasado de los dieciocho años y a los que este concurso les abre las puertas de la oportunidad.

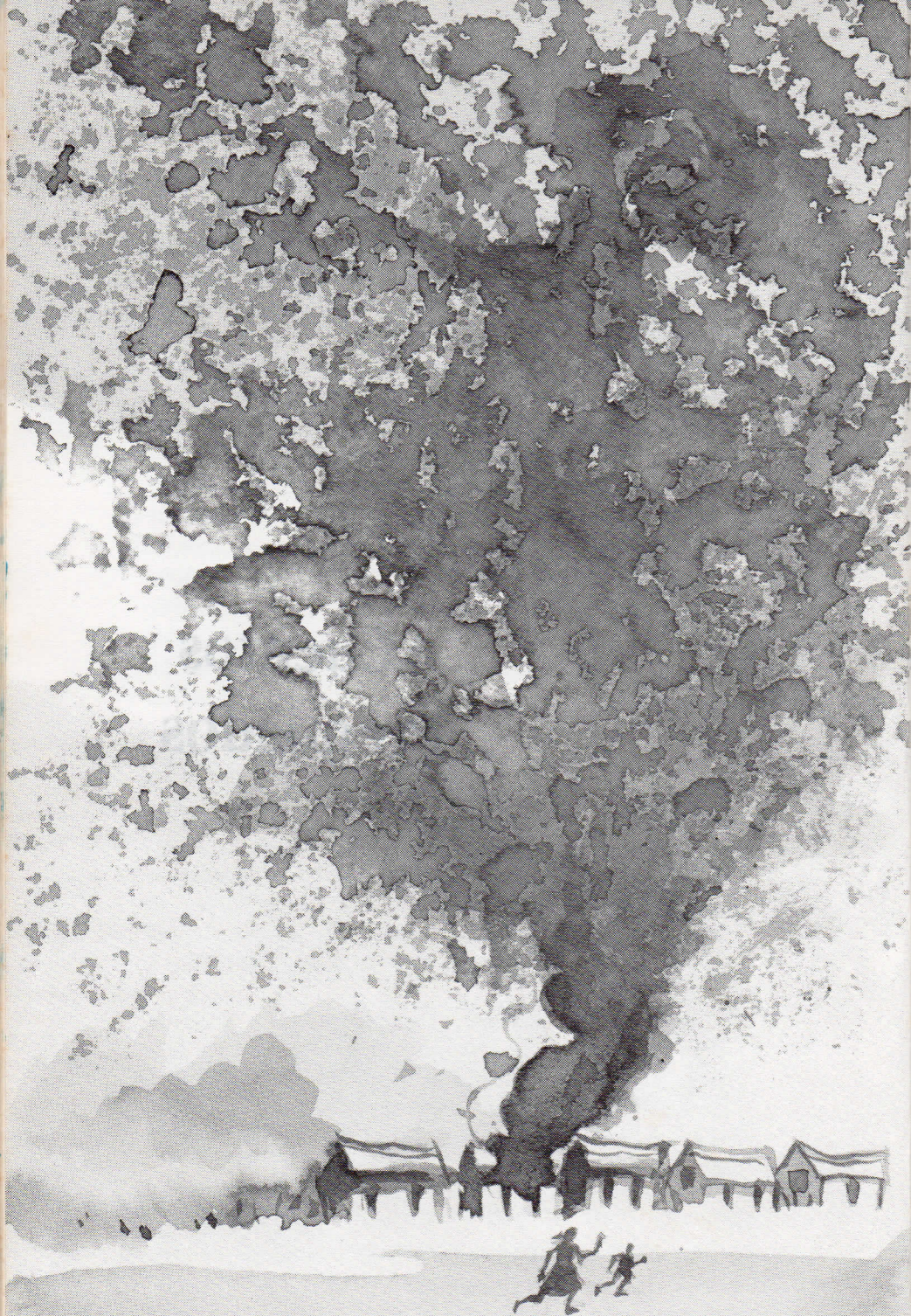
La labor del Jurado fue realmente larga y ardua. Nos queda la satisfacción de haber contribuido al lanzamiento de un Concurso que promete ser de los más interesantes en el país, un concurso que hay que mantener y apoyar; pero sobre todo, la enorme satisfacción de comprobar que la creatividad de nuestro pueblo no está agotada y que la nobleza y riqueza de sus sentimientos es francamente esperanzadora.

Solo me resta advertir a la empresa "León Jimenes" que tiene entre sus manos un instrumento de promoción cultural, humana y social inapreciable y que, en consecuencia, debe invertir todos los recursos necesarios para garantizar su validez por muchos años. Mi ferviente deseo es que así sea...

Carlos Fernández-Rocha
Jurado del Concurso
30 de noviembre de 1993.-

The background of the page features a very faint, light-colored illustration. It depicts a landscape with a large, dark, leafy tree on the left side. Below the tree and extending across the bottom of the page is a row of several small, simple houses or buildings. The overall style is minimalist and artistic, with the illustration blending into the light background.

Cuentos Premiados



H. M. P. 1905

Chanzas

Seudónimo:

"Onírico"

Autor: Pedro Pablo Marte G.

Lugar de Procedencia:

Estancia Nueva

Hoy será como siempre ahora que mi abuela se ha ido a ver la novela de las siete y me ha dejado todo encerrado repasando estas viejas mascotas que me aburren puedo iniciar mi nueva broma y vendrá y me dirá ¡pecusio! ¡muchachitoemierda! cómo se te ocurre tal cosa y me correteará por todo el patio diciéndome no sé qué disparates de viejos será algo divertido todo esto mas solo será eso una broma desde que mudé mis primeros pasos mi vida ha trillado por ese camino y como ya estoy grandecito tengo más inteligencia para planear maravillosas chanzas lo único distinto ahora es que papá no está porque con él si no me sale él sí me agarra pronto y me pega airadamente ¡vuelve otra vez! ¡la próxima vez te mato! pero como no está aquí puedo concebir esta humorada si acaso se enterará por carta aunque yo lo dudo porque a mi abuela no le gusta ponerle el juicio malo ya son las siete y media y como la tele-novela pasa a las ocho sólo me quedan treinta minutos para buscar la sogá amarrarla al tejado hacerle

una gaza en la parte inferior y cuando la vieja se acerque me enredaré el lazo al cuello y me tiraré del tejado a flotar en el espacio entonces mi abuela me quitará la sogá y empezará su acostumbrado rosario de disparates y correré por el patio contento rebo-sante de alegría eso es lo que me gusta ¡pecusio! ¡muchachitoemierda! cómo se te ocurre tal cosa así que todo está listo y como soy diestro en determinar la hora creo que sólo falta uno o dos minutos para las ocho y en un ratito bajará mi vieja comentando que la novela está más buena que nunca que no debieron hacerle eso a la pobre Raquel pues ella es la única que se puede sacar además es la más buena gente y que una persona así no aparece todos los días que la deben cuidar todos mi abuela pronto estará aquí y como ya puedo flotar la veo allá abajo ensimismada mirando la telenovela quizás mis cálculos no estuvieron bien y me adelanté a los acontecimientos o tal vez presentaron la novela retardada-mente aún la sigo viendo y como ya puedo ir y venir tengo la seguridad de que la telenovela le faltan aún diez minutos para concluir si quiero me pongo a pensar en otra cosa pero no puedo sólo me vienen a la mente las chanzas me gustaría que todo aconte-ciese como aquella tarde ¡abuelita ven! ¡corre! esta-mos en la calle la casa, la casa abuela se incendió ¡percusio! ¡muchachitoemierda! cómo se te ocurre tal cosa o como el día que la fui a buscar al campo llo-rando pero llorando con lágrimas ¡abuela a mi papá lo mató un camión cruzando la avenida! vieja vamos corre a ver a mi papá ¡percusio! ¡muchachitoemierda! cómo se te ocurre tal cosa no anuncies a tu padre tú no sabes que eso es malo debe estar a punto de lle-gar ha pasado buen rato y yo aquí suspendido espe-rando que ella llegue y me quite el lazo y me caiga atrás por el patio diciéndome dispa-rates cosas de viejos seguro los comerciales han alargado el espacio

y por eso no llega pero tendrá que venir de modo que tengo tiempo para volver con las bromas esa sí esa sí fue gran humorada como mi vieja estaba jugando a las cartas en el frente busqué estopa petróleo gasoil y hojas verdes e incendié una camisa manga larga de papá con el fuego para que mi abuela lo viera desde afuera abrí la persiana y el humo salió de sopetón alguien gritó ¡fuego! pero yo sabía que nada pasaría porque el paquete era pequeño y cuando los maderos empezaran a calentarse yo les tiraré un jarrito de agua más en esta ocasión si no me salió papá descubrió la jugada y me agarró airadamente ¡vuelve otra vez! ¡la próxima vez te mato! la abuela me correteó ¡percusio! ¡muchachitoemierda! cómo se te ocurre tal cosa mas ahora ya eso no importa y como mi abuela no quiere venir porque parece que se sospecha la broma vuelvo a recordar las chanzas que le di pero no puedo hilar mis ideas mejor me quedo así lelo esperando y cuando llegue me quitará la sogá ¡percusio! ¡muchachitoemierda! cómo se te ocurre tal cosa.



Kurtz 1965

Nostalgias de Madera

Seudónimo:

"Mare Nostrum"

Autor: Luis Antonio Toirac Troncoso

Lugar de Procedencia:

Santo Domingo, D.N.

"Quién no lleva su mundo de
fantasmas se queda solo"

A. Porchia

Se despidió de su hijo el menor con un sólido y lacrimal gesto de su mano. Los cuatro ojos negros se encontraron y separaron muchas veces en un período corto de tiempo que pareció muy largo. Era el último en marcharse, pero ya eso no importaba, había quedado sola desde hacía tantos años, que las personas que heredaron su sangre y los recuerdos que se arrinconaron por toda la casa, bajo las alfombras muy limpias, quedaron suspendidos como lámparas en algún remoto rincón de su imaginación. Todos ellos deambulaban en torno a su propia vida. se convirtieron en fantasmas que aparecían detrás de los muros y abrían y cerraban puertas y a veces todo era silencio y las promesas que nunca se cumplieron resucitaban conmovidas por el renacer de pasiones

sumergidas.

Todos se marchaban por la misma razón. La casa se fue despoblando gradualmente, como un castillo maldito, como una gota de lluvia destruyéndose en el fondo de un pozo para ser otra vez agua. Este momento final, último, oscilaba en sus noche interrumpiendo su sueño y ahora la tenía frente a ella. Lo había anhelado con todas sus fuerzas al mismo tiempo que un sobrecogedor temor la deprimía hasta el agotamiento.

Desde que Camilo desapareció, su vida sufrió serias transformaciones. Era un hombre de de-seos firmes, de emprendedoras y originales empresas hasta que su taller de calle Estocolmo se consumió en aquel voraz incendio del 74. Fue demasiado, incluso para su entereza. Ese año partía con una exposición de muebles en caoba y guayacán para la capital y había estado trabajando en ella desde que se inició en la ebanistería allá en los años 40. Era lo único por lo que dejaba de dormir. Trabajaba hasta bien entrada la madrugada, fumando rubio endemoniadamente, a medida que las estrellas arrojaban su mortecina luz a través de los empolvados cristales. Si hubiera correspondido a los deseos que brotaban de su interior, habría vivido en ese taller de apariencia inmemorial. Lo embrujaba el olor de esas maderas centenarias que su abuelo, su padre y luego él fueron curando, puliendo, embelleciendo en la reclusión de sus faenas solitarias.

En sus manos había sido depositada la continuidad de una gran obra, una semilla plantaba en el recuerdo. Levantaba una tabla y debajo estaban las palabras sabías que le había manifestado su padre, un

manantial que componía sus universos con cada librero terminado, con cada mesa torneada a dedos y lija hasta que las aristas pasaban a ser tan sólo un concepto. Las paredes de ese taller guardaban la esencia de su existencia. Si estaba en ese lugar, en ese preciso momento, era para volcar su obra, que es la de los que lo antecedieron, al mundo que esperaba desafiar

La pasión por alguna idea lo consumía semanas enteras. No hablaba de otra cosa, pero todas las demás cosas estaban contenidas en esa idea. Sus palabras estaban llenas de una sabiduría extraña, posiblemente heredada de una estipe perdida en las marismas de su pasado de árboles.

Su progenitor había sido hijo único, igual que él y su abuelo; pero María, a quien amaba casi tanto como a la madera, le había dado cinco hijos, muy a pesar de sus deseos.

Ninguno de sus hijos le escuchó jamás. Nadie se interesó siquiera en tomar un serrucho. Apenas se limitaron a escuchar sus prolongados conciertos sobre el arte del mueble. A ellos les parecía que con esto era suficiente, de todas maneras, alguna vez habría de cansarse. Según sus teorías, las sillas eran objetos maravillosos. Sus patas ascienden desde el piso en contorsión irrevocable, desembocando cual delta de las profundidades en el delineado asiento en una confusión calculada, lenta y definitiva. Una silla cómoda invita a la quietud, a la serenidad, hace que el cuerpo se sienta protegido y amado. Es como un buen amigo: te acompaña toda la vida.

Pero incluso estos discursos desaparecieron de los almuerzos y las cenas. Luego del incendio, Camilo

enmudeció como las piedras de los caminos. Comía recluso en su habitación de la cual no volvió a salir. De noche, ya muy tarde, se podía oír desde la acera sus prolongados sollozos clavándose en las paredes como pequeñas uñas de felino.

La casa fue acostumbrándose a sus alucinaciones. El producto de sus manos aparecía en los estantes que, por todos lados, adornaban pasillos, salas, puertas y hasta el comedor oliente a cedro. De alguna manera el taller existía aún. Continuaba intacto en ese recurso inviolable de su mente, en ese temor que le consumía cada día cuando se daba cuenta que ya vivir carecía de propósitos.

Una mañana nublada de junio optó por ser fiel a las sensaciones que lo poseyeron los últimos meses: salió de la casa dejando tan sólo una carta sellada dirigida a María. Ella la leyó rápida, mecánicamente. No encontró palabras para contestarse aunque las buscó muy en sus adentros, pero no soltó una lágrima ni su ánimo fue resquebrajado. Intuía estas consecuencias desde el momento del incendio, cuando Camilo, con las ropas negras de hollín y los brazos y el pelo chamuscados, se batía con las llamas como ave en la tormenta y su silueta se empequeñecía entre las llamas amarillas que lo devoraban todo.

A partir de ese día los restantes fueron iguales. Se levantaba temprano, cuando aún los rojos rayos del sol no rebotaban en su ventana y preparaba el desayuno para todos. Trató de ser un solo ser para sus hijos, quienes rápidamente olvidaron a su padre mientras crecían y estudiaban, preparándose a su vez para sus propias partidas.

Cuando todos habían marchado al colegio o la universidad, ella limpiaba la cocina con sumo cuidado. No existía ninguna prisa. Su vida estaba consumada, predeterminada, era una larga espera. Los objetos de la casa la observaban moverse, despolvar el viejo sofá, las lozas que aguardaban impertérritas en la vitrina, las mecedoras y su extraño poder sobrenatural.

Aseaba el cuarto de baño y aprovechaba para darse la cucha de la mañana. Al terminar, semidesnuda y mojada, regaba las plantas de la terraza. Disfrutaba la sensación que producía en sus pies el ladrillo rojo impregnado de agua fresca. Hablaba largo rato con los lirios, que como ella, lanzaban al viento a sus hijos, sostenidos en el extremo de unos tallos delgados y distendidos.

En particular, quedaba extasiada con una planta cuyo nombre nunca supo. Fue traída en ocasión de un viaje al norte de la isla. Sus ramas parecían hechas de un plástico rígido y sus hojas se tornaban rojizas a medida que el tiempo las envejecía. Así se podía saber el tiempo relativo de cada sección de la planta. Se trataba de una planta callada. No era que la planta hablara o algo por el estilo, sino que más bien ésta parecía estudiarla a ella. Su presencia la ponía en ocasiones algo nerviosa, pues sus hojas se cerraban o extendían coincidiendo con acontecimientos importantes de su vida. La mañana del incendio una de sus ramas más hermosas apareció quebrada sin que nadie supiera la causa. Desde entonces ocupaba un lugar de honor en la sala.

Ya avanzada la mañana, bajaba las escaleras del sótano y subía cuatro o cinco cubetas de tierra. Al

principio la tierra era muy negra, después su color aclaró hasta ser completamente amarilla. Primero arrojaba la tierra a las plantas de la casa. Cuando cada una obtuvo su ración correspondiente le tocó el turno a la grama y los árboles que rápidamente agradecieron el gesto.

En lo adelante, caminaba hasta el solar baldío de enfrente y depositaba allí su ofrenda cotidiana ante la mirada curiosa de algunos. Al concluir, se bañaba nuevamente y comenzaba a preparar el almuerzo. Los esperaba con la mesa servida. Ellos irrumpían en la casa bruscamente. Entraban en tropel poseyendo el olor de la cebolla y transpirando el denso aire de la calle.

Cada cual contaba sus problemas como si se tratara de lo único importante. Mientras los oía hablar pensaba en Camilo, inscrito en el interminable libro de los relegados, de los autocondenados a la resignación y al olvido.

En la tarde, la casa era fría y silenciosa. María se marchaba a las tres de la tarde y regresaba ya entrada la noche. Llevaba consigo una especie de bolso donde arremolinaba una muda de ropa con alguna fruta de estación. Llegaba al hospicio con pasos lentos y respirar tenue. Era la presencia de alguien que llega por primera vez. Repetía las mismas preguntas sin cambiar siquiera una sílaba, gesticulando afirmativamente mucho antes de que la enfermera de turno le respondiera. A continuación entraba a una habitación de paredes oscuras y luces extintas, donde una ventana dejaba correr la vista hasta clavarse en unas ceibas inmensas cuyo verde proyectaba sombras de descanso en la tierra húmeda del tras-

patio.

Se acostaba a su lado. Le besaba la frente con delicadeza, como quien sostiene un ancestral jarrón de alabastro. Conversaban un rato y la tarde a veces les traía una lluvia que los hacía dormir con esa paz prístina de los cansados. Rato después comían fruta y su masticar hacía temblar los cimientos de algunas casas en la distancia. Más tarde extraía de su bolso el libro de turno y empezaba a leer en voz alta degustando las palabras como si se tratara de frutas extrañas.

Las frases de despedida de ese día eran las mismas del día de ayer, las de la semana anterior, las de los últimos diez años. Pronto vendría a sacarlo de aquel lugar y las cosas serían según lo prometido.

Salía del hospicio con renovados bríos, con absoluta determinación. Llegaba a la casa con la mirada en blanco hasta que alguno de sus hijos le dirigía la palabra, no porque necesitara hablarle, sino como recurso para evitar que sus ojos se perdieran detrás de su pensar

De noche la casa estaba tranquila. Sus hijos se entretenían con el televisor o en el estudio hasta la hora de acostarse. Se había acostumbrado a esa vida donde cada cual tenía su espacio propio y los horarios de estancia en la casa era muy diferentes para cada uno de ellos.

Quizá lo que más le dolía era que nunca le preguntaran sobre Camilo. Ni siquiera un breve comentario, una palabra de misericordia o el disfrute de algún recuerdo en común. A menudo subía

rápida-mente las escaleras, deshecha ante el abrumador golpe de otro día más cayendo en el abismo, declarándose perdida en la inmensidad de unas sombras a la que habría entrado hacía tanto tiempo que no lograba recordar sus principios. Allí en su habitación, a la luz de una lámpara de hojalata leía la ajada carta, como miles de veces antes y miles de veces después.

Pero estos momentos de debilidad eran superados de uno a otro día. La idea del mañana le devolvían las fuerzas para seguir caminando los mismos desgastados senderos.

Sus hijos comenzaron a irse cuando ella se aproximaba a los cincuenta años. Algunos iban a trabajar a otra ciudad; los menos, se marcharon para casarse o seguir estudiando.

El momento de cada partida era similar con cada uno: madre e hijo mirándose a intervalos luego de un abrazo que ambos sabían definitivo. Luego el adiós, las manos, la distancia.

Ahora no quedaban hijos en casa. Eran las dos de la tarde y casi la hora de partir al hospicio. Se lavó el rostro lentamente, sus ojos eran dos canicas enclavadas en el fondo de las cuencas. Sus últimos años en la casa cayeron sobre los mosaicos como en un otoño instantáneo.

Caminó hasta la habitación, con esos pasos largos que acompañan las más íntimas resoluciones. Se sentó ante el gavetero en extremo orden. Abrió un hermoso cofre de madera, una de las cosas que pudo salvarse de aquellas llamas tan presentes en la me-

moria. Leyó la carta por última vez. Fue a la sala y la enterró en su planta favorita. Sus hojas lucían desfallecientes y rojizas y la primera flor del verano se asomaba única, segura, solitaria, como el amanecer de ese martes. Bajó después al sótano, caminó unos metros hasta un salón y allí depositó el tarro entre dos grandes huecos tallados en la roca.

Encendió una vela, suavemente, encendió una vela. Respiró profundo y se perdió internándose en el estrecho túnel.



Kathryn

Suspiria de Profundis

Seudónimo:

“Electra, la que viene de una sombra”

Autor: Julio Adames

Lugar de Procedencia:

Constanza

Una mujer Los cisnes blancos viven en mi cuerpo. Dócilmente chapotean en mis aguas, se expanden, evanescencia o perfección me atan a estos signos: fruta roja del mar

Se acercó y abrió la ventana. Tres casas blancas, dispersas, bañadas por las neblina musgosa que cae en el estanque, un paisaje de escombros y mástiles barrocos que estallan por encima del mar y los viejos aros de un carretón de tiro en los canteros muertos de la arena. eso fue lo que vio la mujer. Después apostó al rompimiento del azar y el fragor de belleza le resbaló en el tacto como una babosa.

Hidra de agua, dijo el escriba agachado en la otra ventana y se sentó a la máquina de escribir. Era un juego baladí de escritura, una complicidad textual, clandestina, donde la belleza quedaría reducida a su propia otredad, a su propio dolor moral o a su estallido.

Una condición previa. el contorno ha de obviarse, no se tomará en cuenta para nada, incluso, podría resultar ruidosa a la escritura, a sus clamores. Será, pues, menester apelar a la imaginaria. Paul Eluard: la imaginación es el sueño despierto.

A lo mejor pensó que la podía ver despierta a través del foco de un catalejo de pirata. A esa hora ella sería un personaje - mejor una libélula - y estaría chupando la yerba clara y húmera de la escritura como algo fuera de contexto, rayada por los colores vidriosos de su alba.

Hizo el esquema y lo rompió. De once a doce, la suma, los neblíes y la daga fatal en una mano cerrada por el miedo.

Ahora sonríes, omnisciente, sin lógica. Balbuceas un nombre, una cifra aplastante, 1938. Anotas: Altonsina Storni era como una mariposa, es un escarabajo.

La escritura es una operación corpórea. Alfonsina Storni: sus ojos son oscuros y redondos, el exorcismo va más allá de la ventana si ella se deja recorrer. Corrige: la mano fría del viento la recorre. Rueda, rodar la mano fría. una libélula muerta sobre un cofre o un vientre cóncavo y desnudo, boreando firmamento más allá de su propio temblor

Respiro profundo. Lo azul muere a orillas de un tinajón baldío, próximo a la estatua de un caballo de bronce. Del otro lado del zaguán, sobre una piedra sinuosa un sapo dice croa croa. Me veo rodeada por un seto de madera podrida y por objetos desvencijados e inútiles. Oigo mis pasos mientras desciendo la escalera, detrás del baúl hay un espejo de alabas-

tro y detrás, el armonio con el que acabo de tropezar. El aire se llena de partículas de polvo; me froto la nariz; aspiro hondo y estornudo. Por momentos, oigo el imperceptible golpeteo del reloj pendular de la antesala. Suena hueco y un poco apagado. Ya no lo oigo. Me dejo ganar por la figura de sombra del astrolabio. Una sombra blanca. La mitad de mi cuerpo parece cortado transversalmente como el de una lagartija. Yo misma aparezco más allá, absorta, bebiendo presencia en el hueco híbrico de la ventana, las manos recaídas sobre la apagada concavidad de mi cuerpo. Mis miembros fabulan una súbita desaparición y ya me siento extraña de mí misma. Sin embargo, afuera está el mar, esa comba azul, sumando mis despojos.

Hidra de agua. Porque la escritura circular y la contrariedad de los sentidos que poco a poco van enhebrando la punta del conflicto, le produce una fruición intransferible. Si se aleja del objeto deseado es porque la presencia concreta del objeto domina la fuerza avasallante de su goce.

Tú la escribes a ella, reapareces por sus orificios. Dices, por ejemplo, puedo verla y su cuerpo se estira debajo de una bata de tul, medio raída. Su rostro no tiene ninguna exactitud y a veces mueve la boca con la intención de tararear alguna canción de cuna, pero a seguidas se arrepiente. Sabe que los hijos son una ficción.

Cerró los ojos. Un chopo de agua renace a expensas de la fuente vidriosa del manglar ¿Es voluptuosa la creación? ¿Súbita? ¿El astro que brota al soplo violento del impulso? Hojas blancas y sepias revientan en el aire. La vida se agota. Apostada contra este

biombo de cristales, trato de descifrar el tiempo, de hurgar en los remotos escondrijos de este aislamiento. La soledad es como un cuerpo sin cabeza, un cuerpo sin imagen de cuerpo. Me quema la soledad: mis manos arden esplendorosamente, cobran otro volumen. Cuando se han ido mis amantes, mi cuerpo yace sin soporte en la nada de esta habitación vacía. Los brazos se enredaban a mi cuerpo, las lenguas se movían, hidras salvajes buscaban florecer en mi pecho, entonces me extendía pausadamente y todo mi cuerpo exhalaba el olor a podrido, a sudorosa proximidad de noche en los manglares. Ah, dos cuerpos socavando la noche o desbrozando el alba.

Los cuerpos son la escritura de los sentidos. Si por obra del azar uno se apaga, el otro le devora la mirada del fuego.

Ah, un encargo: si él llama nuevamente por teléfono le dices que no insista, que he salido.

Entonces pasó frente al espejo (la imagen de espejo es la imagen del agua). Obvió cruzar de nuevo por el vestíbulo. Con pasos lentos, acaso ya del otro lado, atravesó la salita de música y se dirigió a la puerta trasera. Una sombra de luna que ella no vería, arrojaba por completo el astrolabio. Al llegar a la puerta, accionó el manubrio, pero nada. Sin pensarlo dos veces, se dirigió hacia la puerta oval. Salió. Ninguna ambigüedad la precedía. Más bien se sintió reanimada por el aire fresco y sin rumbo que le bañaba el rostro. La brisa levantaba grácilmente las hojas del otoño. Ella volteaba el rostro contra la corriente de aire. Detrás del viejo carretón, más al fondo, aparecía un mar imponente comido de neblinas. (Este es el verdadero sentido de la belleza, ver como se origi-

nan las algas, los chopos clandestinos, un mar que nace y muere en una prefiguración constante).

Poco a poco fue cruzando la playa... A pocos metros, las olas se mecían plácidamente sobre los dibujos del alba. Ella no miró, continuó caminando hasta que el agua le envolvió la cintura. El sobresalto la hizo contraerse. Tosió. Tosió. Las aguas se elevaban mientras ella se hundía. Después las mariposas y los cascabeles. Después la porción líquida de su cuerpo... Ahora las olas retrocedían parejas, lavando las espumas, empujando su cuerpo mar adentro. Nunca se supo si cerró los ojos.

Hidra de agua, cabellera invisible.





Mariposas de la Virginidad

Seudónimo:

“Virgilio Díaz Grullón”

Autor: Rufino Ant. Jiménez Valdez

Lugar de Procedencia:

Jina Hueca, La Vega

Cuando Glendy despertó, el terror se adueñó de su frágil carácter y en su interior sintió un intenso escalofrío como si todo su cuerpo fuese una jaula con decenas de inquietos pajarillos. Todavía sus muslos y sus partes más íntimas conservaban un poco de humedad, de esa maldita humedad provocada por la inevitable relación de esa funesta noche, noche que ya casi desaparecía para darle paso a un nuevo día.

Las azules miradas de la hermosa joven reflejaban una expresión de angustia y desesperación. En sus labios y en sus mejillas comenzó a germinar la palidez. Todo se transformaba en ella. Al perder su valiosa virginidad, se inició en todo su ser una lenta metamorfosis.

Con actitud de resignación, Glendy se levantó de su cama. Eran ya las 6:00 de la mañana y tenía que prepararse para ir a su rutinario trabajo. Tendió la

sábana sobre el húmedo colchón y contempló varias manchas de sangre que se percibían sobre la tela como rojas mariposas posadas sobre la arena, pero ella no podía hacer nada, porque ya esa sangre no regresaría a su sitio original, ya no podía penetrar de nuevo por esos microscópicos caminos de donde había salido al ser desgarrado el hímen.

Glendy pensó que era imposible echar el tiempo hacia atrás para rectificar su conducta, sepultar su cobardía y defender ese frágil órgano. Por tal razón, continuó vistiéndose y peinando su suave y rubia cabellera, pues era casi la hora. En contra de su voluntad, se puso su hermoso traje rosado adornado con lindos encajes. Se sentía incómoda y ella misma se veía muy rara. ¡Cuánto deseaba vestirse de luto en esa mañana e ir llorando y cabizbaja por la calle!. Pero eso no podría hacerlo, porque de inmediato comenzarían todos a cuestionarla. Además, si llegaba a la empresa donde trabajaba con los ojos irritados e inundados en lágrimas, sus compañeras la obligarían a confesar ese amargo secreto. Quien de seguro no le haría preguntas si ella llegaba llorando, era Don Arturo, el Gerente General de la Empresa, pues nadie más que él sabía lo que le había ocurrido a Glendy, su más hermosa y encantadora secretaria.

Cuando Don Arturo se enteró de que esa sensual muchacha llamada Glendy había llegado al barrio con el propósito de conseguir un empleo, se dirigió hacia su pequeño cuartito y comenzó a interrogarla y a expresarle una serie de frases y gastados piropos. Se enteró de que ella era nativa de un campo del Cibao, que había hecho recientemente un curso de Secretaria, que sus padres eran muy pobres y que había venido para la ciudad con el fin de conseguir algún empleo. También se enteró Don Arturo de que ese cuartito en donde habitaba la joven, era de una

tía de ésta. Con sus pícaras preguntas, se enteró el Gerente que la muchacha dormía sola en la pequeña pieza y, emocionado y satisfecho con esa última información, el Señor Arturo le ofreció trabajo.

Al día siguiente estaba en una de las oficinas de la empresa, rodeada de papeles y escribiendo en una máquina marca Rover y desde ese mismo día empezó Don Arturo a hacerle propuestas e invitaciones deshon estas a la humilde Glendy, su nueva secretaria.

A las ocho en punto de esa mañana llegó Glendy a su trabajo. Estaba un poco triste y sentía que, en su interior. Estaba desolada y sentía que, en su interior, un mundo se de-rumbaba. No había llorado, pues no quería que sus compañeras de trabajo comenzaran a interrogarla al notar sus congojas. Tenía que ocultar esa pena que carcomía su alma. Tenía que seguir brindando sus sonrisas a los clientes, a las compañeras y, por supuesto, al Jefe. ¡Sí!, a ese Jefe con quien la noche anterior, sin ella quererlo, había hecho el amor.

Tanto que le había aconsejado su madre acerca del cuidado que hay que tener con eso. Tanto que le explicaron sus compañeras cómo proteger esa frágil y pequeña membrana. Tanto que le prohibió su papá que no montara a caballo por la creencia de que todas las muchachas que montan a caballo lo pierden. Tantas veces que le prohibieron salir de noche.

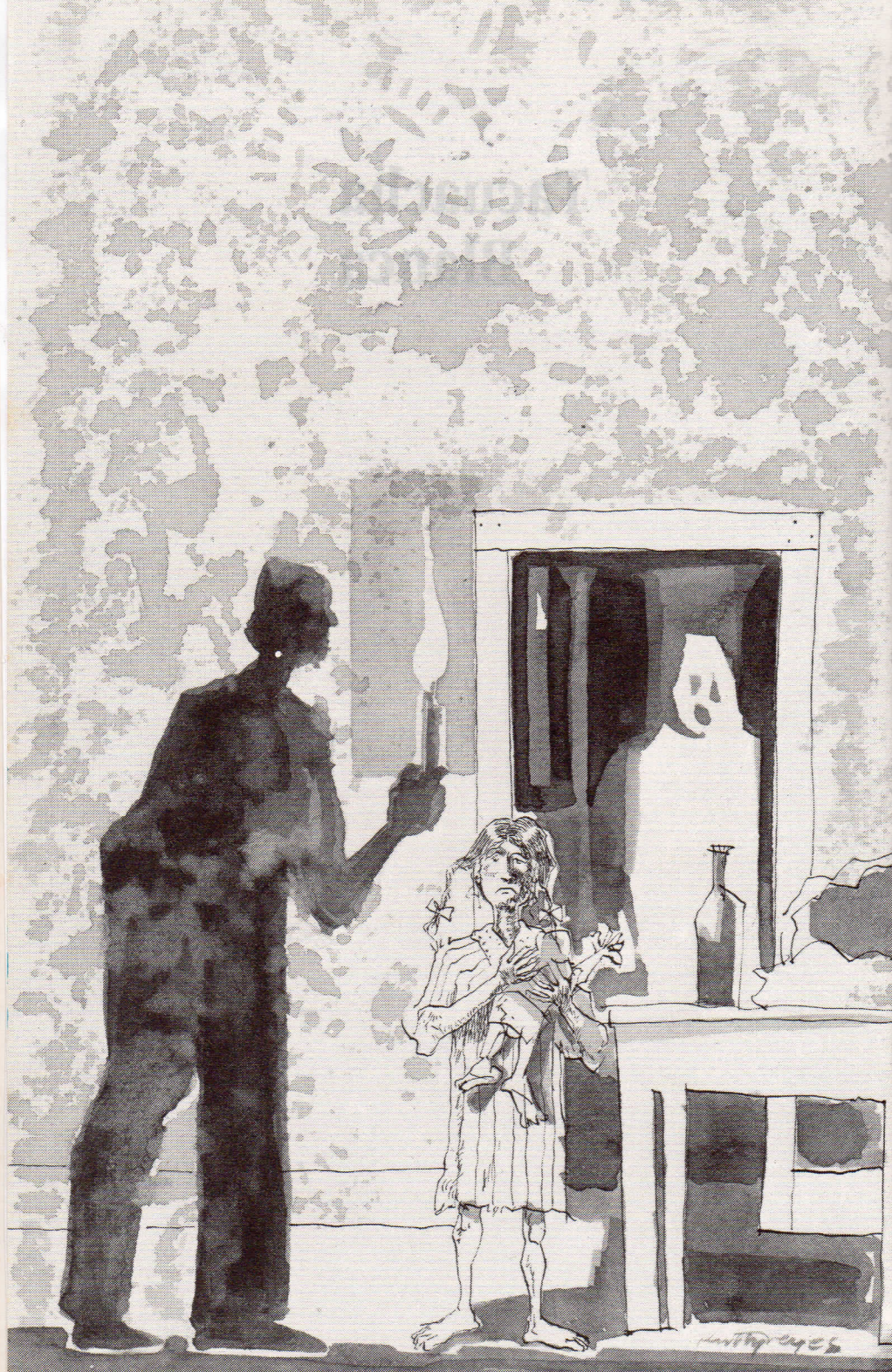
La habían dejado ir para la ciudad confiando en que esa formación de tantos años era ya suficiente para que ella supiera cuidarse. Además, la precaria situación económica que padecían, influyó para que no hubiera negativa por parte de los padres.

Una fuerte convulsión de recuerdos sacudían a Glendy en esta nueva y gris mañana. En su interior, la voz de la consciencia exclamaba. ¡Adiós, virginidad! ¡Adiós, sello del honor!. Te has ido para no volver Sin yo quererlo, te han separado de mis entrañas.

Glendy no podría separar de su mente la imagen de sus padres y pensaba en cuál sería la reacción de ellos si decidía dejar el trabajo, volver a su casa y contarles lo sucedido. Pero desistió de esta idea, pues era absurdo. Para sus padres, la virginidad es un tesoro que hay que guardar hasta la noche de boda. Para ellos, ninguna muchacha puede brindar su hímen antes de pasar por un altar y contraer matrimonio. Entonces, era mejor callar ese amargo secreto. Su jefe, ese feroz gavián que estaba muy cerca de ella y que había robado su valioso tesoro tampoco diría nada. El, como todos, seguiría llamándola "señorita Glendy" El continuará visitando cada noche ese cuartito para hacer el amor con su más sensual secretaria. Seguramente, ya a esta hora él estará pensando en eso, en volver a acostarse con ella en esa cama donde horas antes quedaron, posadas sobre la sábana, las rojas mariposas de la virginidad.

Tacuacha Blanca





Tacuacha Blanca

Seudónimo:

“Rodolfo Avila”

Autor: Ernesto Rosario Santos

Lugar de Procedencia:

La Vega

La voz, como un suspiro, retumbó monótona y hueca en la pared.

-¿Qué estás haciendo?

De inmediato reinó el silencio. Un silencio elástico que parecía estirarse por toda la habitación, impregnando cada tabla, cada cosa que estuviera a su alcance. El padre trató de decir algo, pero se encontró en un vacío de palabras, en un abismo en el que no había ni siquiera un pensamiento. Al sentirse sumergido en la nada quiso gritar, pero se contuvo, porque el niño cortó el hilo que lo ahogaba.

- Estoy escribiéndole una carta a mi mamita.

Cada sílaba dejó en su alma un rastro de tristeza. Una tristeza que creció mil veces más, cuando recordó el bello rostro de su mujer adornando la caja de madera.

Al mirar hacia su hijo le pareció ver la llama de la vela burlándose de su sufrimiento; quiso apagarla, pero no se atrevió, porque el niño escribía bajo la protección de su luz. Luego, volvió a escucharse su voz cargada de acentos melancólicos.

- ¿Y qué le dices?

- Que la quiero mucho y que vuelva pronto, porque la necesito.

- Sanciro, debes entender que mamá no podrá visitarte por mucho tiempo. ¿Sabes? Algún día nosotros iremos con ella.

- Papito, ¿cuándo? ¿Dime, cuándo iremos a ver a mamita?

- Cuando Dios lo decida.

- ¿Y Dios tardará mucho?

- Eso depende de nosotros; si nos portamos bien y hacemos todo lo que Él nos dice, muy pronto iremos a visitarla.

- ¡Qué lindo! Me portaré bien y así veré a mi mami-ta.

Un deseo loco lo invadió, una angustia desbordada que agrietaba sus ojos. Las lágrimas se acumularon. El no dejaría salir ninguna de ella, pero sin querer se le escaparon dos pequeñas gotas que se deslizaron suavemente por su piel. Luego, para que el niño no lo notara, caminó unos pasos.

Las nubes invadieron el cielo. La fría brisa sopló con fuerza. Las hojas bailotearon en el aire y llegaron

en forma de ráfagas a la casa. En ese instante, la vida pareció caer en un letargo, en un mar adormecido por el triste volver de las olas. Todo quedó así, perdido en la oscuridad de la noche, mientras las primeras gotas del año empezaban a cubrir la llanura.

El viento juega ahora con la llama de la vela. La luz crece y a veces parece marcharse junto a la brisa. La lluvia retumba con dulzura en el techo. En ese instante, en que las nubes cantan nostalgias y la brisa acaricia con sus dedos a los árboles, el niño piensa. "Papá ahorita estaba llorando cuando le hablaba de mamita. Parece que Dios se puso triste, porque El también está llorando. ¿Por qué será que la gente grande llora tanto? Desde que ella se fue, en esa caja larga, me he sentido muy solo. Ella era quien me cuidaba. Yo quiero estar con mi mamita"

Mientras tanto, su padre lograba encender el anafe y en él preparaba una avena sin leche, porque el dinero no le alcanzaba para más. Por su lado, Sanciro seguía pensando: "Por qué las lágrimas de Dios son dulces y cuando yo lloré, aquel día en que mami se fue, las mías sabían tan malo. Todo es tan complicado. pero lo cierto es que los grandes son unos llorones" Su pensamiento fue interrumpido por la voz de su padre.

Ven a cenar, Sanciro.

La lluvia adormece todo a su paso. El viento continúa avanzando con tristeza. La noche parece detenerse, cansada de su interminable marcha. En la casa el niño es acariciado por una gota de lluvia que se escapa tímidamente del techo.

- Voy ahorita mismo, déjame terminar de escribir mi cartita.

Sintió en su corazón una quemante chispa de tristeza. Una tristeza que pronto se convirtió en honda pena, por eso tuvo que secar sus lágrimas que corrían como locas por sus mejillas. En ese instante, la sombra del niño se proyectó en la pared. Él, al notar su presencia, guardó rápidamente el pañuelo que descansaba en sus manos.

-Ven siéntate, que se enfría tu avena.

Al hablar, sus ojos brillaban con la misma intensidad de la vela.

-Sanciro, te tengo una sorpresa.

-¿Qué es?

-Levanta esa higuera y lo verás.

Al escuchar el alegre grito del niño, la lluvia pareció extinguirse en el techo.

-¡Pan! ¡Pan! Tenía mucho que no...¡Gracias papá, gracias!...

El niño, como una ráfaga de viento, había corrido hacia su padre. Él, con los brazos abiertos, había recibido con ternura aquel pedacito de brisa que se le enredaba en el pecho.

- Eso no es nada, mi niño. Ven, termina tu avena.

Sus palabras parecían brotar de un manantial de hojas secas. Al hablar, tomó a Sanciro entre sus manos y delicadamente lo depositó en la silla. Luego, se dirigió a la mesa donde el pequeño escribía.

"Mamita, pregúntale a Diosito

por qué Él y papito lloran
cuando hablo de tí...”

Al terminar de leer, regresó a la cocina, que de vez en cuando hacía de comedor, tomó a Sanciro entre sus brazos y lo abrazó con fuerza. Mientras lo acurrucaba en su pecho, lloraba.

Menciones

por qué. Él y papito lloran
cuando hablo de ti...

Al terminar de leer, regresé a la cocina, que de vez
en cuando hacía de comedor, tomé a Sanchito entre
sus brazos y lo abrazó con fuerza. Mientras lo acunaba
caba en su pecho, lloraba.

Menciones

Benigno

Seudónimo:

“Ave Fénix”

Autor: Mignolia Acevedo de Aracena

Lugar de Procedencia:

La Vega

La paloma tan poniendo en lo yayale, ae ai ombe son veida. Cuando fuen a bucai huevo.

-Señores, callemo, dejemo de cantai que ahí viene ei loco.

- Qué loco?... Yo no lo veo

- Y quién va a sei? Benino.

- Quién dijo que Benino e loco? Ese e un aima de Dio que de tan samuro ni habla.

El hombre se acercaba por el estrecho sendero con su viejo sombrero, las ropas sucias y andar encorvado. Pasó mirando de soslayo a los hombres que trabajaban, ayudando a Eduardo a cercar con mayas, su conuco.

Hacía siete años que Benigno vivía en “Valle Alto” No se sabía de dónde procedía, ni si en algún lugar había dejado familia. Su rancho de dos piezas pa-

recía abandonado, con el alero sin cortar y el tupido follaje del frente que casi lo tapaba por completo. Atrás estaban las diez tareas de tierra que un día compró. Eran llanas y fértiles; pero descuidadas, igual que el rancho. Formaban una pequeña selva, impenetrable, con toda clase de bejucos y alimañas.

- Utede ven, ni siquiera habló. Ese e un hombre tranquilo y bueno, iguai que su nombre.

- A mi me gutaría que un día dijera aunque sea una palabra pa sabeí como habla y averiguai si e joven o viejo poique con esa baiba y ese sombrero hata las oreja... quién va a sabeí que edad tiene.

- Si tu quiere sabeí como Benino habla namá tiene que adivinai que día e que va a comprai a la puip-ería.

- Muchacho... muchacho... dejen de tai hablando y pongámono a trabajai que no va a cogeí la noche en ete lao del conuco.

La pequeña capilla de "Valle Alto" estaba abarrotada de fieles aquella mañana de Domingo. Todos escuchaban fervorosos y atentos las sa-bias palabras del sacerdote de la ciudad que cada tres meses los visitaba. La santa misa ya casi terminaba cuando Carlos, el alcalde del lugar, se acercó con paso tímido al altar y después de pedir permiso al padre Pedro, habló a los feligreses con voz cohibida y nerviosa:

- Amigo... le traigo la buena noticia de que la autoridade ya van a contruí la carretera y lo camino vecinale que tanta feita le hacen a eta comunidá. Así podremo tranpoitai fácilmente lo producto de nuetra cosecha pa vendeila en ei pueblo. La semana que dentra vendrán lo técnico pa vei poi dónde será ma faci y económico contruí esa carretera. Ya utede sa-

ben, tenemo que tai dipueto to pa coperaí poi que eso e un bien y un desarrollo pa to nosotro. . Mucha gracia.

Un fuerte aplauso se escuchó al terminar Carlos de hablar. Todos, regocijados comentaban la noticia.

En pequeños grupos abandonaron la capilla, haciendo planes y dispuestos a colaborar en lo que fuera necesario.

El padre Pedro los despidió en el camino, felicitándolos y deseándoles que cuando él volviera, estuviesen los trabajos comenzados.

Benigno había escuchado todo en el rincón que siempre ocupaba en la capilla. No mostró alegría alguna por la noticia. Después que todos salieron, abandonó la capilla con paso furtivo. Llevaba el rostro pétreo, más sombrío que nunca.

Los días pasaban monótonos y pesados y los técnicos del "Proyecto Carretera" no llegaban. La gente empezó a desanimarse. Hasta Carlos llegó a pensar que todo había sido promesas, como antes.

Tan pesimistas estaban que la tarde en que llegaron hombres de la ciudad, montados en briosos caballos, la gente de "Valle Alto, no prestó mucha atención. Un militar de entre los visitantes preguntó por Carlos y quienes lo escucharon pensaron que lo requerían para que les ayudara a buscar a algún preso prófugo o para que detuviera a alguien. Pero cuando se enteraron del motivo de tan sorpresiva visita, una algarabía alegre se mezcló con las voces de todos y a gritos empezaron a llamar a Carlos.

- ¡Cajlo...! ¡Cajlo...! ¡A Cajlo que venga!

- Sí.. sí... Que venga pronto que ya van a hacer

la carretera!.

-¡La carretera!... ¡la carretera!... ¡La van a hacer ya!.

- Señore. pero que gobierne tan bueno!

- Cajlo. Cajlo...! ¿Dónde tá?

Cuanto va que ta duimiendo en la jamaca que tiene amarrá en ei patio!

- Si ombe. ¡ese jaragán! Que venga pronto aquí!

Al poco tiempo apareció Carlos. Venía restregándose los ojos y con la camisa a medio abotonar Jadeante, se puso al servicio de los que habían llegado.

Los que habían ido a comprar a la pulpería y otros que andaban de paso por el poblado de "Valle Alto", se encargaron de difundir por caminos y callejones la noticia de la presencia de los que determinarían por dónde se construiría la carretera.

Hasta Benigno llegó el vocerío. Este yacía boca arriba en un desteñido catre. Tenía abiertas las puertas y ventanas para que entrase el aire. Lo primero que oyó fue mencionar la carretera. Se incorporó. Cuando entendió cuanto se pregonaba, se tiró de nuevo en el catre, cerró los ojos y con un rictus amargo en los labios se arropó desde los pies hasta la cabeza con una raída y desteñida sábana.

La construcción de la carretera ya era casi un hecho. Continuamente llegaban al lugar agrimensores, constructores, técnicos y recorrían de parte a parte el poblado, haciendo mediciones y anotaciones.

Valle Alto les presentaba una dificultad importante. Estaba enclavado en la montaña. Por una parte, el terreno abrupto dificultaría los trabajos; por otra, habían riachuelos y saltos de agua que harían

el trabajo más largo y costoso. Por fin, después de muchos cálculos, los agrimensores y técnicos concluyeron que por donde más fácil y mejor se realizarían los trabajos y además se acortaría la distancia con la carretera principal y la ciudad, era, atravesando por unas tierras que los estudiosos del "Proyecto Carretera" , confundieron con un pequeño monte, sin dueño; pero que en realidad, resultaron ser las tierras de Benigno. Al conocer que las tierras tenían dueño, los estudiosos del proyecto pidieron ser llevados al rancho de Benigno.

Inútilmente lo llamaron y lo esperaron frente a su pobre vivienda. Si alguien había dentro, no dio señales de vida.

Molesto por la espera, uno de los agrimensores quiso saber algo más del dueño de semejante tierra y rancho.

¿Cómo es el dueño?

- Benino...! Contestó un coro de voces de gentes del lugar que seguían a los técnicos como si aquello se tratase de una procesión o romería.

- SI, pero ¿qué hombre es?

- Benino...! Repitió el mismo coro.

- Me refiero a la clase de hombre que es; como se apellida, qué es lo que hace y si ustedes creen que se pueda llegar a un acuerdo con él.

Nadie constestó. De repente todos cayeron en cuenta que nadie sabía de Benigno más allá de su nombre. Nunca nadie se había preocupado por penetrar en la interioridad de aquel hombre que solo tenía por compañía la soledad y la tristeza. Y lo más extraño, tampoco Benigno había tenido interés en relacionarse y conocer la gente de "Valle

Alto" y que lo conocieran a él. Como hacía mucho tiempo que esperaban inútilmente y se hacía tarde para regresar a la ciudad, los responsables de la construcción de la carretera decidieron marcharse y dejar al alcalde encargado de entrevistarse con Benigno e informarles luego de los resultados.

La noche había llegado, una luna hermosa, acariciaba con su luz de plata la naturaleza dormida. El silencio, solo lo interrumpía el canto de los grillos y el de algún buho escondido.

Benigno, igual que una sombra más en la noche, estaba sentado en una vieja silla que recostaba cerca de la puerta de su rancho. Fumaba un tabaco, mientras su mente vagaba por otros rumbos, lejos, muy lejos del lugar donde se encontraba.

Al sentir pasos, sus pensamientos se interrumpieron y bruscamente se puso de pie, dispuesto a entrar en su vivienda.

-Benino. ¡Benino!. Exclamó el alcalde.

-Benino, no dentre pa dentro que queremos hablaile.

Benino se volvió frente a ellos, amparado por la oscuridad y los matices varoniles y fuertes de su voz, se escucharon en la noche.

- Usted es el alcalde. ¿Qué desea?

- Si Benino, soy yo, Me acompaña Lui y Emilio. Necesitamos hablaí con uté. La autoridad que van a contruí la carretera tuvieron laigo rato esperándolo. Se tuvieron que dí pero me de-jaron encaigao de comunicaile que e necesario hacei la carretera poi la tierra suya, pa así acoitai ditancia y meno gato

económico. ¿Qué uté piensa de eso?

- Seguro que no han encontrado otro sitio mejor?

- Seguro, Benino.

- Entonces hay que seguirlo buscando. Yo no vendo ni acepto que me dividan mis tierras.

- Benino, poi, favoi, uté no trabaja esa tierra. La carretera e un bien pa toa la comunida, hace feita. Cuaiquiera de nosotros sacrificaría la mejoí propiedad pa que se contruya.

-Usted lo ha dicho, cualquiera de ustedes; pero yo no soy ustedes, yo soy yo. Lo siento pero no voy a aceptar lo que me piden. Con permiso y buenas noches.

Tomando la silla entró en su rancho y despacio cerró la puerta. Los tres hombres, molestos y confundidos tuvieron que marcharse.

No sabían qué hacer ni qué pensar de aquel hombre que habían considerado como ignorante y loco y que en una cuentas palabras se expresaba correctamente; hasta con acento de ciudad.

Nadie más se atrevió a tratarle el asunto de la carretera y sus tierras. Pero el temor los embargaba, porque ese obstáculo era capaz de impedir la realización de tan importante obra. Algunos hasta querían llegar hasta Benigno y obligarlo a ceder en lo que se le pedía.

El padre Pedro volvió a los tres meses como era su costumbre. Se extrañó mucho de ver la apatía de su feligresía y de que todavía no se había comenzado a construir la carretera. Carlos, el alcaide, le informó de

los problemas que por Benigno se habían presentado. El padre le prometió entonces que no se iría de Valle Alto sin antes intervenir por él y la comunidad.

Durante la Eucaristía, buscó a Benigno con la vista entre los asistentes. Observó que no estaba. Rápidamente tomó una decisión; no regresaría a la distante ciudad, se quedaría en Valle Alto para de ese modo poder conversar con Benigno aunque fuese durante la noche.

Carlos llevaba la linterna que débilmente iluminaba el camino que conducía a la vivienda de Benigno. Tras él iba el padre Pedro, confiado y firme.

Al llegar al rancho, éste estaba a oscuras y en silencio, con las puertas y ventanas cerradas. Sospecharon que Benigno estaba fuera por lo que lo buscaron en los alrededores. Al no encontrarlo, volvieron al camino donde se dispusieron a esperarlo. Fue inútil. Cansados e incómodos por tantos mosquitos, decidieron volver al poblado para regresar por la mañana, bien temprano, antes que subiera el sol; volver para hablar con Benigno.

Ya de regreso, el padre Pedro se retiró a descansar en la modesta habitación anexa a la capilla. El padre estaba intrigado y a la vez preocupado por el comportamiento raro de Benigno. ¿Qué clase de hombre era?, ¿por qué actuaba de ese modo? ¿Será que ese hombre ocultaba algo que lo obligaba a proceder de ese modo? Todos esos interrogantes fueron los que decidieron al padre Pedro a visitar solo, a la mañana siguiente el rancho de Benigno; y con esos pensamientos se quedó dormido.

La luz del alba entraba por las rendijas de la habitación despertando al padre Pedro; quien sin pensarlo dos veces, vistió sus ropas para salir de in-

mediato, antes que el alcalde llegara en su búsqueda.

Salió al camino. El olor a naturaleza pura, a verdor y a rocío lo conmovió un instante. Después, consciente de su misión, caminó rápido, llegando en poco tiempo al rancho de Benigno. Allí, todo estaba en silencio. Pensó que era muy temprano; que estaría durmiendo. Resignado decidió recostar su espalda en un árbol del camino y esperar

Pasaron los minutos... media hora. una hora y cuarto y desde el rancho no salía ninguna manifestación de vida. Empezó a inquietarse. Tenía muchos compromisos en la parroquia de la ciudad; por lo que pensaba regresar temprano en la mañana. Pensó en retirarse... Pero no... él le prometió ayuda a las gentes. También Benigno podía estar necesitando de él. Decidió llamarlo entonces.

Se acercó de nuevo al rancho.

-¡Benigno...! ¡Benigno. !!

Silencio.

-Benigno...! Soy yo, el padre Pedro. Abreme, quiero entrar y hablar contigo.

Silencio.

Decididamente, se iría, allí parece que no había nadie y él no podía esperar más. Estaba dirigiéndose hacia el camino cuando un pensamiento acudió a su mente. ¿Y si Benigno estaba muerto o muy enfermo ahí dentro? La gente decían que hacía muchos días que no lo veían. Devolvió sus pasos hacia la pobre vivienda para abrir y entrar. Empujó la puerta. Esta cedió. Detenido en el dintel, vaciló en entrar. Penetró al fin en la humilde estancia. La lobreguez del lugar lo encegueció un momento; después, acos-

tumbrado a la escasa luz, paseó su vista por lo que parecía ser una pequeña sala. Lo que vio le intrigó más. El mobiliario era escaso; pero en cada uno habían libros de diferentes temas; en una pequeña mesa había una maquinilla de escribir y en las paredes, dibujos hechos con lápiz de carbón que representaban paisajes y figuras de mujer.

Todavía sorprendido, el padre Pedro dirigió sus pasos al cuarto que sería de dormir. Allí estaba el catre, las viejas sábanas y las descuidadas ropas con las que Benigno ocultaba quién realmente era.

Impresionado por lo que había descubierto, el padre salió al patio.. ¿Qué clase de hombre era éste? ¿Quién era la mujer joven y bella de muchos de los dibujos? ¿Qué hacía Benigno en Valle Alto?

El padre estaba encaminándose hacia el interior de las tierras de Benigno cuando el murmullo de voces que procedían del camino lo detuvo, mientras otro grupo de hombres, armados de piedras, palos y machetes se acercó a él, preguntando enardecidos:

-¿Lo encontró ya padre?

- Si no lo ha visto no se preocupe que nosotros si lo vamos a encontrar pa rendir cuenta con él.

La paciencia de aquellos hombres había llegado a su fin. Estaban furiosos y el padre Pedro sabía que no podía permitir que encontraran a Benigno primero que él porque podía ocurrir una desgracia.

Por eso les habló queriéndolos calmar:

- No, no está en su rancho; pero yo lo encontraré y le voy a hablar. Por favor, vuelvan a sus casas y esperen mi regreso.

- Que eperan qué!... No....no!... Ya ta bueno de aguantaile ai sinveiguenza ese, privando ahora en hablai fino.

- Sí, loco viejo, depué que tiene siete año sin hablai, ahora lo ta haciendo como un dotoi o un abogado como pa metei mieo, pero se equivocó.

- Debe tai encondió en ei monte ese que tiene poi conuco; vamo a bucailo pa picotíailo; si e preciso.

Se habían puesto de nuevo en camino dispuestos a terminar con Benigno; cuando la voz del alcalde los detuvo:

Qué e lo que utede van a hacei. Si cometen una locura quedaremo sin carretera y sin na. La caicei, oiganlo bien, la caicei e lo que vamo a tocai to. El padre vino a hablai con ei; eperemo que lo haga.

Todos titubearon y luego Paco comentó:

- Ta bien, padre, se lo vamo a dejai a uté; pero si uté no consigue ná, se no va a impositai lo que pueda sucedei, dígaselo... Se iban ya, el padre Pedro respiró tranquilo y con cuidado por la esperanza del lugar, continuó su búsqueda.

A su paso apartaba bejucos, ramas y palos. Observaba detenidamente los alrededores. Miró hacia atrás, había caminado mucho. Estaba cansado. Se recostó en un tronco, sudoroso; fue así como vio unos sacos tapando algo, debajo de unos arbustos que casi llegaban al suelo. Miró asustado; la sospecha de lo que pudiera haber allí tapado le sobrecogió. Dominándose, se acercó lentamente. Parecía un cuerpo humano lo que había debajo de los sacos. No se atre-

vió a descubrirlos; prefirió llamarlo con voz trémula.

-¡Benigno. ! ¡Benigno...!

Esperó unos minutos.

-Benigno, vengo a escucharte.

Lo que había debajo de los sacos se movió y el padre Pedro respiró tranquilo. Después, poco a poco fue quedando al descubierto la cabeza de cabellos negros y suaves de Benigno y su cara barbuda con ojos de mirar profundo. Salió despacio de su escondite, quedando sentado en el suelo con la cabeza baja. El padre se sentó a su lado. Ninguno de los dos habló en varios minutos.

Benigno rompió el silencio:

-Por qué llegas hasta aquí, padre?

- Por el problema de la carretera, y también por tí. Quiero saber quién eres, por qué te comportas tan raro, por qué no buscas la compañía de nadie, por qué no quieres cooperar en un proyecto que sabes es necesario..

Benigno se puso de pie. Estaba emocionado. ¿Cuánto tiempo hacía que no lo buscaba nadie ni se interesaban por saber algo de él? Miró al padre y volvió a sentarse.

¿Sabes que muchos piensan que eres un loco? Tus excentricidades hasta a mí me confundieron. Hoy descubrí que te escondes tras una personalidad que no te pertenece. ¿Por qué Benigno?

Benigno empezó a llorar, primero fuertemente, después con sollozos como si fuera un niño. El padre Pedro no interrumpió su llanto, esperó que se calma-

ra, mientras pasaba sus manos por sus suaves cabellos.

Ya calmado, Benigno habló con voz entrecortada.

-Ojalá fuera verdad que estoy loco; así no recordaría que tuve un pasado feliz y que lejos de aquí tengo familia. Una familia de la que fui su orgullo y ahora su vergüenza. No me llamo Benigno; yo soy Roberto Roldán, escritor. En un tiempo tuve fama, dinero, prestigio; pero no supe canalizar tantos logros, quizás porque los tuve muy joven. Dilapidé mucho dinero, caí en excesos y orgías; y como es natural, decayó mi producción literaria y lo que es peor, seguí en parrandas y borracheras, visitando burdeles y haciendo más miserable mi vida. Cuando se me agotó el dinero, no tuve ningún reparo en exigirle a mis padres mi herencia, la que también malgasté. Por último, llegué hasta robar; por lo que fui encarcelado. En la prisión, solo conmigo mismo, abandonado de los amigos con los que caí tan bajo, tomé la resolución de abandonar la civilización cuando obtuviera mi libertad. Quise que hasta mis padres y hermanos creyeran que yo estoy muerto. Valle Alto, por lo apartado e incomunicado, fue mi sitio escogido para esconderme; pero, con carretera y caminos vecinales por varios sitios, ya no sería un lugar seguro para mí. Por eso me opuse a que precisamente por mis tierra se hiciese una carretera.

El padre Pedro había escuchado en silencio la confesión del que hasta ese momento creía que era Benigno. Después le habló calmadamente:

Estuviste perdido para tus padres y hermanos cuando vivías con tus amigos de parrandas y orgías, también cuando guardabas prisión y ahora

que te has enterrado en vida en Valle Alto... ¿Crees que esta actitud tuya es la que merece tu familia? ¿De tí que eras su orgullo?... ¿De tí que eres hijo y hermano? Tú que tanto habrás escrito del amor, debes saber entonces que en cuanto a lo humano, no hay amor más grande y verdadero que el de un padre y una madre; que el amor verdadero todo lo perdona y más en tu caso; porque este encierro tuyo es una prueba evidente de que estás arrepentido... Creo que a pesar de tus conocimientos, tu edad, tus experiencias, tu decisión fue infantil. Aislarte del mundo no era la solución, sino dar la batalla en el mundo al que tú perteneces y volver a ser el triunfador que ya una vez fuiste... Piensa en lo que te he dicho, por favor...

- No tengo valor para enfrentarme a mi familia después que escapé como un cobarde. Tengo miedo a su rechazo también. He pensado reintegrarme a ellos pero no me decido porque fue muy grande el daño que les hice.

- No es como tú piensas, estoy seguro. Ellos te creerán muerto y cuando vean que tú vives, su alegría será inmensa. Todo el pasado para ellos está olvidado; eres tú a quien no olvidan, para atormentar más su vida.

Roberto Roldán tenía los ojos húmedos de lágrimas y miraba al Padre Pedro con una expresión que demostraba lo ansioso que estaba de que alguien le dijese las palabras que hasta hace poco había acabado de escuchar. Sonrió y se puso de pie, seguido por el padre Pedro, confundándose los dos en un estrecho y fuerte abrazo.

Cuando ambos llegaron al poblado de Valle Alto, la gente que esperaba impaciente se dio cuenta de

que al fin se les construiría su tan deseada carretera.

El padre Pedro acompañó a Roberto Roldán a la capital, hasta donde vivía su familia. El tuvo la satisfacción de ser testigo de las fuertes emociones suscitadas en ese encuentro. La dicha que sintieron todos fue inmensa, uniéndose todos en abrazos, besos, lágrimas y risas.

Un año más tarde, Roberto Roldán, sus padres y hermanos formaban parte de la multitud que en Valle Alto, aplaudía alborozada la inauguración de la flamante carretera.

La Barriga Salvadora

Seudónimo:

"Chanóe"

Autor: José Rafael Hernández Rosario

Lugar de Procedencia:

Altos de Hatigo, La Vega

En la sala de la vieja casona campesina Rubén y Pamela su novia conversaban muy quedamente por temor a ser escuchados por el padre de Pamela - Don Andrés - el cual se acostó al anochecer aquejado por un fuerte dolor de cabeza.

- Pamela tenemos que enfrentar la realidad... pasado mañana rayando la medianoche vendré por tí... te estaré esperando ahí afuera debajo de la mata de mango más grande. Toma la medidas de lugar

- Rubén sé que debo ser cuidadosa confía en mí; a las 12 de la noche, pasado mañana. estaré en la mata de mangos.

Al cerrar la gran noche, Rubén ensilló su brioso caballo al que llamaba "Rubio" Dejó una lámpara de kerosene encendida en la sala de su modesta pero acogedora casita campestre, la cual estaba enclavada en la cima de una pequeña colina. Y rápidamente

montó su caballo y emprendió un rápido descenso.

El caballo de Rubén trotaba rítmicamente, casi como un autómatas, ya que estaba habituado a transitar por los vericuetos de los diversos caminos que daban acceso a la casa de Rubén.

Faltando unos ocho minutos para la doce de la noche Rubén llegó a la alambrada de la finca de Don Andrés, el padre de Pamela. Se desmontó del caballo y tomándolo de las riendas, caminó lentamente hacia la mata de mangos, en la que se recostó.

Pamela ya había tomado las provisiones de lugar, agarró firmemente una pequeña maleta y caminó sigilosamente hasta la puerta posterior de la casa, la cual abrió sin hacer el menor ruido y salió al patio, no sin antes dejar dicha puerta entreabierta y con una silla recostada a ella.

Con pasos firmes caminó hacia la mata de mangos, donde lo esperaba su amado Rubén.

Inmediatamente Rubén vio la silueta de Pamela en la noche de luna esplendorosa, se encaminó hacia ella y la besó y abrazó tiernamente.

Agilmente y con sumo cuidado Rubén montó a Pamela en las ancas de su caballo.

Una vez fuera de la finca, Pamela un tanto nerviosa, instó a Rubén a que agilizara la marcha del caballo.

Mientras iban por el llano, no intercambiaban palabras. tal vez fruto de la tensión - el silencio de la noche solamente lo interrumpía el crujir de las ramas de los árboles movidos por el viento, el croar de las ranas y el chirriar de los grillos.

De pronto ambos se sobrecogieron al observar a

lo lejos una serie de luces que parecían antorchas.

Rubén, tomando una medida previsor, apartó su caballo del camino principal y se ocultó detrás de unos gruesos árboles para ver de cerca aquellas raras luces.

Las inesperadas luces no eran más que una "romería" religiosa, que los campesinos de zonas aledañas acostumbraban realizar a determinada Virgen o Santo de su devoción y se alumbraban de noche con leños de pino.

Recuperados del susto, Rubén y Pamela reanudaron su marcha.

Ya serían las dos de la madrugada, cuando alcanzaron a ver la tenue luz de la casa.

Inmediatamente llegaron, Rubén desmontó con cuidado del caballo a Pamela y ya a dentro, ambos se abrazaron y rieron como dos chiquillos.

Después de muchísimos requiebros y juramentos, vivieron el éxtasis del amor

Pamela un tanto nerviosa, dijo - Rubén me preocupa papá... Tu sabes que apenas hace seis meses que murió mi madre y yo era su única compañía... Me imagino como debe sentirse en este momento.

- Pamela cuando nos hicimos bachilleres pensábamos ingresar a la universidad en la capital, pero que pasó... mueren mis padres en aquel trágico accidente que no quiero recordar, y a los seis meses muere tu madre.

Y ahora, no podíamos casarnos porque tú no tienes la mayoría de edad.. y a tu padre era imposible plantearle la necesidad de casarnos.

Rubén, Rubén, lo importante es que nos amamos.

Nosotros hicimos lo correcto y tenemos un mundo por delante.

Ya muy cerca de la madrugada se quedaron profundamente dormidos.

Mientras tanto en la vieja casona Don Andrés sintió sed y se levantó a buscar agua a la sala donde estaba una enorme tinaja con agua.

Debido a que la luna estaba en su plenitud un rayo de luz se proyectó a través de la puerta entreabierta que había dejado Pamela.

Al observar esto, Don Andrés encendió la linterna que siempre tenía a mano. ¡Pamela! ¡Pamela! ¡Pamela! gritó exaltado.

Rápidamente entró en el dormitorio de Pamela y al notar su ausencia se puso lívido y tembloroso, corrió a su dormitorio y agarró un filoso machete. Rápidamente, ensilló un caballo y salió en persecución de su hija.

El caballo que atinó a ensillar, por suerte, no era el más veloz; pero esto aumentó su ira y desesperación.

Ya casi amaneciendo llegó a la cima de la pendiente de donde dominaba perfectamente la casa donde Rubén y Pamela dormían plácidamente, ajenos a la amenaza que se cernía sobre ellos.

Al llegar a la alambrada que servía de límite a la casa, de un tajo derribó un poste y gritó lleno de odio y rabia. -¡Rubén, cobarde! ¡Pamela, sinverguenza! ¡Salgan los dos! ¡Salgan! ¡Salgan que ustedes mancharon mi honor!

Pamela fue la primera en despertarse con el desenfreno y los gritos de Don Andrés.

¡Rubén, Rubén! ¡Ahí está papá!, Rubén se despertó sobresaltado.

¡Rubén tu no eres hombre! ¡Sal de ahí, cobarde!
¡Salgan de ahí los dos para matarlos como lo que son: ¡Dos perros!

Rubén le dijo a Pamela. - Debo salir

-¡No Rubén!, gritaba Pamela desesperada.

- Déjame hablar con él.

- Papá, escúchame.

- ¡No me hables que yo no soy tu padre, man-
chaste mi nombre.

¡Papá. Papá usted no va a matarnos a los dos!,
dijo Pamela muy emocionada al tiempo que abría la
puerta.

- ¡Que salga el vagamundo ese, para matarlos a
los dos!

- No Papá, no son dos los que usted va a matar,
ahora somos tres, porque aquí en mi vientre tengo
una criatura que también lleva su sangre.

Al escuchar esto, a Don Andrés se le cayó de la
mano el machete y tembloroso dijo: - Está bien den-
le gracias a Dios. los salvó esa barriga.

El Potro

Seudónimo:

“Jesús”

Autor: Bienvenido Pantaleón

Lugar de Procedencia:

San Francisco de Macorís

Capicúa y dómino! - exclamó Don Felipito, uno de los pocos hombres de respeto que quedaban en el lugar, lo que no quería decir que no pudiera darse su “gutico de cuando en vece”, así se olvidaba de sus principios y se juntaba con la mala res que día tras día acudía a la pulpería y la que había sido y sigue siendo escenario de muchas turbulencias y crímenes.

- Qué habría sío dei Potro? - pronunció el triunfador, al tiempo que colocaba la última pieza, con gesto lento y mirada lejana, pero no sin muestras de preocupación.

- Déjese de disparate, dijo el pulpero Simeón. Ojalá se aiga mueito porai; con lo suto que me hizo pasai y sin podei hacei na, ya ni venía gente ai negocio y mejoi se diban pai pueblo. Ute no vé ahora lo tranquilo que tamo. E que ei se creía ei dueño de mi negocio.

- Eso poi uté no poneise lo caisone; poique yo, con lo viejo que toi, no e veidá que diba a resoivei na. Ademá, ete negocio e suyo no de ninguno e nojotro. Dichoso uté que venimo aquí.

- Y onde má van a di, si ete e jei único negocio que hay en to eto paraje. Además, si uté aquí viene ata con huevo e gallina y se lleva lo que quié.

Don Felipito, con 75 años de existencia, había sido desgraciado toda su vida y si algo de ella le quedaba era por "obra y gracia de Dios", pues fuerzas no le quedaban ya. Solo supo trabajar machete de sol a sol entre lomas y tierras que se negaban a producir, entre precipicios y filos de rocas. No supo nunca lo que era ni siquiera energía eléctrica, pero sí tuvo siempre su burrito que aunque viejo como él se había convertido en su único compañero. Lleno de hijos frutos de la inconciencia y criados de forma rígida. No había obtenido así sus frutos, ya que los mismos, guiados por el medio, no habían salido muy religiosos que digamos; entre prostitutas, taberneros y delincuentes no había mucha diferencia para ellos, llegándose a unir al clan de los "cherchosos" de Rancho Viejo, nombre del lugar que los parió.

Estaban muy orgullosos todos los lugareños de que se halla "degaritao" el Potro, que hasta hacía poco era el "cuco" del lugar y a quien nadie se atrevía a enfrentar. De esta condición no escapaban los hijos de Don Felipito, de quienes él no pudo sentirse nunca orgulloso. No tenía, el viejo, otra opción que relacionarse con tantos rastreros como eran todos los del lugar; pues no tenía ánimos ya y debió hacerse 'el chivo loco' para reprimir su impotencia.

Según él, el Potro era el único macho que había en el lugar y si se adueñaba de la pul-pería era porque era enemigo de desórdenes y siempre quiso ver un Rancho Viejo armónico y de gente que valiera la pena. No veía el Potro otra forma de lograr esto a no

ser a base de violencia, aunque dentro de ella no se dejara ver la tenacidad de que era dueño. No llegó a versele gesto alguno de bondad porque entendía que nadie por ahí lo merecía, a no ser Don Felipito, único amigo y consejero con quien contaba, pues solo él era el único testigo y conocedor de la desgracia, acompañado del trauma que desde pequeño llevaba consigo. Siempre estuvo solo porque nadie se atrevía a acercársele. En sus momentos de tranquilidad nunca buscó pleitos ni riñas, pero nadie en absoluto osaba, a pesar de su sosiego, en pronunciarle palabra alguna. Solo se reían y le murmuraban a sus espaldas y esto, a él no le importaba. No obstante el bajo nivel intelectual que poseía, sólo la experiencia podía otorgar esta condición, por lo que su único refugio fue aquel viejo que ahora le añoraba.

No pudo continuar el viejo jugando más con aquellas escorias, a los que veía con asco. Entendía una prueba de Dios el verse obligado a convivir con ellos. Sucede que ellos tampoco pueden ver a Don Felipito de buen modo por tener preferencia por el matón del lugar y, no sólo ésto, sino extrañarlo además. El Potro tenía ya una lista muy larga de asesinatos, cuyo escenario siempre fue la pulpería. Pero si bien es esto cierto, sucedía en los momentos en que solía embriagarse. No estaban ellos obligados pues a entenderle y menos a justificarle. Fueren lo que fueren, eran dueños de sus vidas y el Potro ya había privado de ellas a muchos ranchoviejences.

Pero sucede, además, que esos que por su culpa habían dejado de existir, eran las peores lacras y a las que de algún modo deuda alguna tenían con el emigrante.

Se marchó hacia su casucha, aquel señor demacrado con sus 75 años en el lomo de su jumento y la nostalgia se apoderó de él. El Potro, de niño, era el único que prometía en quel olvidado lugar. En él cifraba sus esperanzas, ya que Rancho Viejo iba cami-

no a la perdición con la generación que en esos momentos se estaban desarrollando. Las juergas y los juegos de azar se incrementaban de una forma tan vertiginosa que sorprendió a la vieja estirpe, a los que en su gran mayoría poco les importó por haber sido los responsables, aunque no aceptaran esa responsabilidad cosa que tampoco aceptaban. De esto tampoco escapaba su compadre Pempén, padre de Joseíto, apodado por los del lugar el Potro tiempo más tarde.

Don Pempén tenía fama de “macho”, y no había pleito que perdiera, ni mujer que a sus pretensiones se rehusara. Era un señor muy apuesto, fuerte y no menos engreído por la admiración que su presencia causaba. A pesar de ello gozó del respeto de todos y no tenía la necesidad de abusar de nadie; ya que nadie lo enfrentaba. Se dio el lujo de “vivir” a las comadres casi en las narices de los compadres, que en la mayoría de las veces, se hacían los inocentes ante la situación por el miedo de enfrentarse al compadre.

Con un padre como éste no podía surgir un hijo mejor que Joseíto, el que era vejado, maltratado y hecho hombre antes de tiempo, por los trabajos fuertes a los que fue acostumbrado desde muy niño. La madre, mujer al fin y , peor aún, campesina que no veía esto mal, contribuyó al sacrificio de Joseíto; aunque habría que entender su situación, con un marido como el que tenía. ella era su esclava.

A pesar de la condición de Joseíto siempre fue un niño bueno, trabajador, humilde y sobre todo respetuoso; no cobarde. Los de su edad llegaron a calificarlo de “mujeicita”, ya que por ser hijo único también estaba obligado a quehaceres del rancho. Siempre rehusó las sinvengueras de sus coetáneos, los que no prometían nada bueno; en cambio él siempre soñó con cambios en la comarca. Idealizaba su hogar y por ello soportó la vida que llevaba. A veces estaba junto, pero no “reburujao” a sus allega-

dos. Su preferencia era la soledad, en la que podría soñar y vivir un mundo del que estaba muy lejos; y no sólo eso, estaba seguro que nunca sería realidad. Una de sus actividades preferidas era conversar con su padrino Don Felipito a quien le contaba sus aventuras y desventuras; historias a las que él ponía un toque de entusiasmo y singularidad que siempre admiró de él. Era esto, prácticamente, lo único bueno o que le gustara, que se le era permitido por Don Pempén. A veces se alargaba demasiado la "juntiña" de Joseíto con el compadre Felipito; mas, por atención a este último nunca interfirió. Fue Don Felipito el único compadre que Don Pempén realmente respetó, debido a sucesos ocurridos cuando jóvenes en sus andanzas.

Ya Joseíto tenía 14 años de edad, pero no por esto estaba obligado a saber leer y escribir. Para ello no había tiempo y total, sólo se daba clases una vez a la semana, porque el profesor, un señor ya entrado en edad, debía recorrer al pueblo un día de trayecto a caballo para llegar a aquella alejada loma. Sus métodos eran obsoletos cómo él y la vecindad todavía no había visto frutos de esta actividad, por lo que era perder tiempo el inscribir un muchacho en la dichosa escuela. Empero, Joseíto algo había aprendido gracias a su padrino.

Fueron grandes los atropellos de Don Pempén, pero esto lo hacía de una manera "democrática", a la vez que audaz y sigilosa; y todas sus maldades siempre tenían una justificación. Sus enemigos, supuestos "amigos" nunca se atrevieron a levantar la frente más alta que la de él y se tragaban los abusos de que eran objeto; más no era esto gran cosa para ellos, pues su formación y falta de responsabilidad los ubicaba en un nivel excesivamente bajo y el odio que no pudieron demostrarle al padre si se lo hacían entrever al hijo, única víctima que siempre fue también vituperado y visto con malos ojos, motivo por el cual nunca se vio con nadie, a no ser Don Felipito.

No hay mal que dure 100 años. Don Pempén, de una burda colectiva en la pulpería, en medio de su embriaguez exagerada no pudo hacer otra cosa que marcharse a la casa fuera de control. Había soportado el desprecio de Lolín, una mu-jer de vida alegre que se atrevió a enfrentarlo. Nada tenía que perder y estaba hastiada de tanta brutalidad. Fue todo tan sencillo para los expectadores..., pero no así para el aquejado, quien al abrir contundentemente la puerta de la casucha desbordó toda su furia en sus habitantes. No tuvo ni la delicadeza de apartar a Joseíto para golpear y tomar brutalmente a la esposa que nunca fue dueña de sí misma y no veía más alternativa que soportar aquel dolor. Mas esa noche fue demasiado su pudor cuando del hijo se trató; éste estaba presenciado todo, motivo por lo que la madre enfrentó al déspota por primera vez en su vida. Fue tan cruel aquella escena que Joseíto no sabía qué hacer. Su madre valiéndose de lo que pudo encontrar golpeó a su padre y éste más enfurecido aún, as-estó golpes que ni un verdugo aplica en las cárceles. La golpeó una y otra vez. Joseíto estaba estático, pas-mado. No podía..., no sabía qué hacer. La impoten-cia lo embargaba, pero el ver aquel espectácul o tan fuertemente doloroso para él, reaccionó al fin. Tomó un pico que encontró en su camino y se abalanzó sobre Dom Pempén. La parte puntiaguda del hierro se hundió en la cabeza del verdugo y quedó tendido en el suelo, expirando en pocos momentos su último suspiro.

La madre casi debajo del cuerpo ya inerte fue auxiliada entre sollozos, desconsuelo, dolor y miedo por el hijo. Era ya demasiado tarde; durante el force-jeo había recibido un fuerte golpe en la sien derecha contra el filo de uno de los quicios de la casucha que se encargó de dejarla casi muerta.

La persona más allegada. Don Felipito, quien vivía a leguas, llegó al oír entre los bosques los gritos que el viento le llevaba. Al entrar en la vivienda, en-

contró aquel cuadro tan triste como aterrador. No atinó a hacer nada. los cadáveres, la sangre y Joseíto pos-trado en el suelo sollozando desconsoladamente. Era todo tan confuso, difícil e increíble, que el viejo no sabía qué hacer, qué decir.

Comenzaron a llegar los vecinos. Los murmullos, en los que en ciertos momentos no podían dejarse entrever alguna alegría, los llantos de algunas comadres, pero sobre todo el desamparo de aquel niño que no merecía la suerte que estaba viviendo.

Pasó el tiempo y Joseíto, nombrado ya el Potro, había crecido tan robusto y hermoso como su padre; pero al contrario de este, era solitario y con la mirada frecuentemente perdida en el infinito. No fue una sola vez que llegó a escenificar en la pulpería altercados, pues si por motivo alguno se le ocurría tomar licor, su único consuelo. Las burlas, manifestación de odio que por su padre sintieron ocasionaron muertes de las que siempre él salió ileso; pues la imagen vivida de niño le dejó marcado por siempre. Estos altercados hicieron que los habitantes de Rancho Viejo le tomaran más miedo aún que pudieron tenerle al padre y hasta llegaron a comentar que algún pacto con el demonio tenía.

La realidad de Joseíto era muy diferente, pues al llegar a su morada vivía su historia una y otra vez hasta enloquecer. El llanto, el dolor, la furia, la impotencia, se apoderaban de él y no fue solo una vez que su padrino tuvo que acompañarle, consolarle, darle fuerzas y hacerle ver que él tenía el valor que no podía menoscabar. Fue el viejo quien infundió en Joseíto desde que era muy niño los deseos de hacer, de construir un mundo que él nunca pudo por no tener el coraje; en cambio el Potro sí podía y fue siempre su esperanza, ver reflejado en su ahijado lo que él nunca pudo hacer.

La falta de orientación, así como de experiencias

hizo del Potro un ser mezcla de asesino y héroe. Sus sueños, acompañados de sus traumas lo llevaron a cometer locuras indescifrables y para su escaso nivel, justificación tenía todo lo que realizaba. Claro, ésto sólo sucedía cuando se embriagaba. La pulpería se convirtió en su habitat y en consecuencia, no el de los ranchoviejences. El pulpero Simeón debió enfrentar situaciones indescritibles, ya que la pulpería era su único medio de sustento. Sólo Don Felipito se atrevía a acudir a su encuentro pues fue el único cariño verdadero que el matón tuvo y al ver a su padrino se asustaba, pero terminaba buscando refugio en los brazos del viejo.

Hoy Don Felipito llora la partida de Joseíto, la que es indudable; con ello sus sueños, sus esperanzas, la pérdida de quien consideró su único hijo, pues a los suyos cariño alguno no pudo mantenerles. Es por esta causa que ahora mantiene las discusiones con los descarados del lugar, ya que nada fructífero hacen y viven como parásitos, prácticamente hacinados en la pulpería ante la alegría de Simeón, que ve su negocio prosperar aún sea de la forma más baja.

Don Felipito, en su marcha hacia la casa lamenta su traición: él no era un santo, el único ídolo de Joseíto, alias el Potro no era más que una manifestación del medio en el que se había desarrollado. En la única ocasión, después de todo lo sucedido, que Joseíto logró un momento de ecuanimidad gracias a Don Felipito; acudió a la casa de este último, y al llegar a la misma, el cuadro que presencié fue exactamente uno de los tantos que de niño vivió. Joseíto no acertó a decir palabra alguna, volvió a su casucha, ensilló su caballo y se perdió por el camino. Así se alejó de Rancho Viejo, el único fruto de provecho que de esta comarca había partido, pero esto es un asunto que quizás nunca sus habitantes entenderán; solo Don Felipito supo hacerlo y hoy simple y tristemente espera el momento de su muerte, sabiendo que la vida nunca le otorgará la dicha de volver a ver a su Joseíto, el Potro, quien en realidad era su hijo.

Bolén Carpio

Seudónimo:

"Ivanex"

Autor: Viviano Regalado y Moya

Lugar de Procedencia:

Villa Riva

iQue pique tengo! He llegado del trabajo y tomado de una de mis viejas mecedoras de pajillas rotas el periódico vespertino. Uno de los pocos que circulan en este país, porque llena los "requisitos necesarios": sus editoriales casi siempre ensalzan las obras de nuestro gobierno.

Tengo pique, repito, y son muchas las razones; pero hay una principal. He visto en este periodicocho, en la primera página y a todo color, la fotografía de Bolén y me llena de ira leer ese titular que me informa sobre lo que nunca esperaba que hicieran con mi confidente. Esto no tiene nombre. Lágrimas gruesas, como gotas de cristal, brotan de mis ojos desintegrándose al caer en el piso. Y a través de ellas me parece ver, en la pared de la sala, como una pantalla frente a mí, la parte de mi pasado que más huellas ha marcado en mi existencia. los años vividos junto a Bolén, mi queridísimo amigo de infancia y parte de la adolescencia. Mi amigo nacido en el mismo Barrio Los Macos donde crecimos jugando a las escondidas, los vaqueros, las canicas y en

fin, todos esos entretenimientos infantiles revestidos de inocencia, difíciles de borrar de la mente del adulto que los haya vivido.

Mi amiguito de primaria, con el que compartía asiento en la escuelita donde estudiamos, distribuyéndonos equitativamente los centavos que llevábamos para comprar algo de comer en el recreo. Mi amigo de segunda infancia, la etapa del maroteo. Recuerdo el día en que sigilosamente penetramos en los sembradíos de Don Zenón y subimos a una de las matas de mangos lechosos que estaban doraditos. Teníamos la intención de darnos un banquete; pero cuando estábamos a punto de hacerlo realidad, el dueño se apareció y nos hizo bajar a puras palabrotas y maldiciones que llegaban a nuestros oídos como foetazos en las espaldas.

Recuerdo nuestros amoritos con dos hermanas: Mairena, la soñadora sin par, la que sufría hasta por ver una flor marchita, y Yaiba, la que solo creía en lo que veía. Eran dos grandes diferencias nacidas de un mismo vientre.

En una de las partes laterales de la casa de mis padres, había un gran almendro debajo del cual Bolén y yo acostumbrábamos a sentarnos por las tardes para escribir versillos que a través de los días convertíamos en estrofas. Aún conservo entre mis reliquias estudiantiles varios de ellos y aquel pequeño diccionario que me compró mi padre, más por exigencias mías que por las de mi maestro. Eramos jueces y partes de nuestros forzados impulsos poéticos, copias de los cuales entregábamos él a Yaiba, yo a Mairena. nuestros dos sueños.

Cuando estábamos en los grados superiores de la primaria, se destacó dirigiendo los grupos estudiantiles por lo que en muchas ocasiones fue apresado y golpeado salvajemente. Mi hermano, también muy revolucionario, fue vilmente asesinado por agentes secretos de la mal llamada "Guardia del Orden Nacional" mejor conocida como la GON. Basaron la jus-

tificación de la arbitraria medida diciendo que era un difamador e injuriador del gobierno; pero en realidad lo que mi hermano hacía era demandar las justas reivindicaciones del estudiantado y del pueblo en general.

Mi sufrida madre no se recupera aún de aquel duro golpe y en mi corazón está esa herida abierta y sangrante.

Una noche, cuando Bolén y yo caminábamos distraídos de regreso a nuestro barrio, nos hicieron presos sin valer las explicaciones. Dándonos sendos puñetazos y encañonados nos hicieron subir, a patadas y levantados por los fondillos, a un viejo jeep para conducirnos a un cuartel. Allí nos mantuvieron durante ocho largos días donde era muy poca la comida y muchos los maltratos. Nos presionaron para que nos hiciéramos responsables de hechos que nunca ni siquiera imaginamos. Fue necesario realizar muchas diligencias para sacarnos de aquella apesadumada celda. Como todavía éramos mozuelos, aquellas acciones eran violatorias de las disposiciones legales; pero con sus argumentaciones decían que las leyes eran ellos. Para dejarnos en libertad nuestros parientes tuvieron que pagar una alta "fianza" al jefe del recinto.

Otra cosa que no puedo olvidar es el estupro de que fue víctima una de las hermanas menores del Bolén por parte de un cabo de la institución, lo que acrecentó el odio de la familia Carpio. Tampoco olvido el día aquel cuando fue realizada una movilización estudiantil exigiendo un mejor presupuesto para mejorar el sistema educativo. En esa acción fui herido en un muslo y Bolén tuvo que ser hospitalizado de emergencia a causa de un disparo que le hirió en el pecho y que por poco le arranca la vida. Su hermana mayor resultó gravemente herida y fue internada, por los mismos agresores, en un hospital público donde por descuido y por la negativa de entregársela a sus familiares murió pocos días después. Dijeron que este tipo de gentuza no merecía una

muerte mejor porque sólo estaban “perturbando la paz”. ¡Qué desfachatez! Y para colmo no permitieron que fueran más de diez personas, entre amigos y familiares, a llevar el féretro al cementerio. El pueblo se tiró a las calles a protestar; pero los disparos les hicieron retroceder, ya que el entierro, desde la casa hasta el composanto, iba rodeado de militares dispuestos a seguir matando.

Bolén no podía hablar del dolor y la ira. Cándida era su hermana más querida. Ella estaba terminando la carrera de arquitectura después de tantos esfuerzos propios y de sus familiares. A mi pobre amigo, con la muerte de su hermana, le arrancaban otro pedazo de su joven y revolucionario corazón. Maldijo mil veces a la GON y lamentó su impotencia para hacerle frente.

Poco después de ocurrido aquel suceso sus padres decidieron enviarlo a estudiar a un pueblo distante para alejarlo por unos años de aquel azaroso lugar, para que pudiera llegar a algo... En realidad el manto de incertidumbre e inseguridad envolvía al país entero; pero de todos modos estaría mejor por allá.

Cuando Bolén se fue, yo estaba ausente, ya que había ido por una semana a casa de mi tía en otra ciudad. Cuando regresé, me enteré de lo ocurrido y lloré de amargura, sobre todo cuando leí una carta que me dejó donde me exponía las razones, culpando de todas las desgracias suyas y de su familia a la GON.

La partida de mi inseparable amigo motivó también la mía, pero en otro sentido. Volví a casa de mi tía para continuar estudiando donde, según ella, encontraría más facilidades y tranquilidad. Tenía razón; pero allí también ser joven era un delito y ser mayor, un exceso de edad, un estorbo para el gobierno. La situación social, política y económica era la misma a nivel nacional. La crisis era mayor para los que no estábamos de acuerdo con los ideales del régimen. No era nada fácil aquella época. No era un gobierno

ditatorial; pero mejor que lo hubiera sido y no vivir en un simulacro de democracia. En la dictadura uno sabe que se vive en ella, hay que resistirla o adaptarse; pero ante aquella situación no se sabía qué camino recorrer

Los administradores de la cosa pública eran los primeros en reconocer que todo marchaba de mal en peor y que los beneficiados eran un grupo reducido.

Cualquiera podía decir lo que quisiera, denunciar el mar de injusticia en que se vivía y ese gesto, esa osadía, era aplaudida, incluso, por el mismo Presidente; pero a los pocos días se oía esta pregunta "¿Y qué se hizo de ese fulano?".

Habían transcurrido ocho o nueve meses de la partida de Bolén, cuando me enteré de otro hecho fatal ocurrido contra la familia Carpio. Las ideas revolucionarias de mi amigo habían sido heredadas de su padre, Valentín Carpio; debido a que ya tenía un hogar estable y por madurez, su ímpetu revolucionario estaba apaciguado, "pero no muerto", decía él. Sus ideales permanecían latentes, como una fiera indómita dormida, hasta que los abusos desenfrenados del gobierno los despertaron declarándose opositor público del régimen; pero sólo usando como armas las palabras y la fuerza de la verdad. A partir de entonces el Departamento Secreto de la GON no cesaba en su búsqueda, hasta que, secretamente, lo hicieron presionero junto con otros compañeros.

Valentín desapareció sin que sus familiares supieran su paradero. Aunque suponían lo que había sucedido, no se atrevían a presentar acusaciones. ¿Contra quién? Hubiera sido peor. Las autoridades se "comprometieron" a buscarlo por tierra, aire y mar; mas los que conocen a esas gentes sabíamos que mentían descaradamente. Jamás volvieron a ver ni a Valentín ni a sus compañeros.

No volví tampoco a saber más de Bolén, pero me

enteré que había ido por unos días al pueblo cuando desapareció su padre. Cuando fui a verlo, ya se había marchado.

Varios años después de la desaparición de Valentín y sus amigos, me enteré con detalles sobre las crueldades de que fueron víctimas. Mi tío Prudencio me lo contó todo. Comenzo diciéndome que uno de sus mayores sueños era ingresar a la GON con la finalidad de alcanzar el rango de Coronel. Logró su primer objetivo; pero sus sueños se convirtieron en pesadillas que lo frustraron para toda la vida. Era un hombre muy comedido, criado según las buenas costumbres, respetuoso del derecho ajeno e incapaz de matar una rata. Había oído hablar mal de la Guardia del Orden Nacional, pero jamás pensó que era así. Lo que decían era poco.

Cuando mi tío ingresó, según él me contó, hizo muy buenas relaciones con un sargento que le confió secretos espeluznantes referentes a ciertas operaciones militares. Aún así, pensó que aquellas revelaciones no eran más que exageraciones de un militar cansado o arrepentido de haber escogido la carrera de las armas. Por eso no les dio tanta importancia.

Una madrugada, mientras custodiaba una de las puertas traseras de la cerca del recinto, recibió una nota-orden sellada y firmada por su jefe inmediato indicándole que les permitiera pasar a los portadores, que eran diez y que iban a realizar una misión especial. trasladar a cinco presos a otro recinto. Sus nombres estaban escritos al final de la nota, encabezando la lista, nada más y nada menos que Valentín Carpio. Estaban acusados de ser enemigos acérrimos del gobierno y eso no podía quedarse así. Llevaban más de cuatro meses encerrados en celdas separadas.

El cabo Confesor Díaz, quien entregó el mensaje a tío, le relató, luego, todo lo que hicieron a los prisioneros. El formaba parte de esa patrulla era como el

cargabates de ese equipo.

Según le contó el cabo a mi tío, cuando llegaron al lugar seleccionado, a dos de los prisioneros les dieron el castigo más piadoso en comparación con los otros. A cada uno le amarraron en los pies una gran roca, después de dejarlos totalmente desnudos. Luego le dieron varios azotes hasta dejarlos casi sin conocimiento y finalmente los lanzaron a las profundas aguas de la Laguna Criz. Esto lo hicieron aquellos verdugos en presencia de los otros tres infaustos que contemplaban horrorizados las diabólicas escenas.

A Valentín y sus dos compañeros restantes también los desnudaron y después de azotarles implacablemente los obligaron a sentarse encima de hormigueros. Los gigantes y hambrientos himenópteros daban a los pobres hombres unos mordiscos tan fuertes que les desprendían partes de la piel. A pesar de la valentía de aquellos mártires, no podían evitar lanzar quejidos. Aquel castigo no duró más de un minuto; otro hubiera bastado para dejarlos sin vida y eso no lo permitieron sus torturadores pues faltaba algo más. A cada castigo lo precedían de una serie de preguntas por parte de los agentes, muchas de las cuales los prisioneros no sabían o no querían contestar, lo que incrementaba la ira y el grado de las torturas. Después de levantarlos de los hormigueros los bañaron de cabeza a pies con cubos llenos de jugo puro de limón, produciéndoles un ardor tan fuerte que los hacía retorcerse en el suelo.

El cabo Confesor narraba todo aquello sin ruborizarse. Estaba tan acostumbrado a presenciar y participar en aquellas acciones que dramatizaba, como un buen actor, lo que iba relatando imitando los quejidos, gritos y voces de los torturados y los torturadores. Mi tío reproducía lo narrado por él casi fielmente a fin de que yo lo entendiera mejor. Me siguió contando.

Después de echarles el jugo del limón ataron a dos de ellos a los troncos de sendos árboles y comenzaron a dispararles, a cierta distancia, primero con rifles de perdigones desde los pies hasta la cabeza, apostando al tiro al blanco, hasta que finalmente le dieron a cada uno el tiro de gracia con un disparo de fusil en la frente.

El padre de Bolén observaba todo aquello atado de pies y manos. Para él había algo especial, pues lo condenaron como cabecilla de aquel reducido grupo de hombres que, ciertamente, esgrimía un arma muy poderosa a la que los violadores de las leyes temen mucho: la verdad.

Le desataron los pies y lo hicieron caminar hasta un sitio que llamaban el Pozo Viviente, hoyo de poca profundidad, pero minado de grandes y hambrientas sanguijuelas. Allí lo introdujeron hasta la cintura durante un minuto, tiempo suficiente para que aquellos anélidos lo dejaran casi sin sangre. Al irlo levantando por medio de una cuerda parecía traer puesto, desde el ombligo hasta los pies, un traje negro, por la cantidad de animales adheridos a su cuerpo. Lo dejaron colgando por un par de minutos hasta que se le fueron desprendiendo por el peso al llenarse de sangre, quedando su piel como una criba por las tantas succioncs. No lograron, sin embargo, que hablara. Pidió agua y como premio a su valentía, los profesionales torturadores pusieron en sus labios una jarra llena de orina de caballo. Cuando probó lo que se creía era agua escupió con repugnancia; entonces, el que se la estaba dando le lanzó el contenido llenándole el rostro del salobre y hediondo líquido. Lo volvieron a interrogar rigurosamente sin lograr que dijera media palabra. Todo lo había dicho desde que lo cuestionaron en el cuartel. No había más. No era cierto lo de la conspiración. No eran más que voces clamando justicia; puños apretados exigiendo derechos. Los tiros que se escucharon fueron disparados por grupos paramilitares que penetraron en la muchedumbre con fines planificados. Los manifestantes no tenían ni un tirapiedras, sólo clamores y esperanzas. Ya lo

había dicho y repetido todo. Sin embargo, ellos insistían por medio de azotes y nuevas y crueles torturas.

Le mutilaron las orejas, para que no siguiera oyendo lo que no le importaba, los dedos de las manos, para que no siguiera cerrando los puños y con las bayonetas le hirieron las plantas de los pies para que cesaran sus marchas de protesta y luego, cortaron su lengua, para que no continuara difamando del gobierno y porque ya no la necesitaba, pues no quería seguir hablando. Y para culminar con la vida de este valiente luchador, le ataron su cuerpo fuertemente por el vientre al tronco de un árbol espinoso. Luego amarraron en cada una de sus piernas una sog a cuyos extremos ataron a los cuellos de dos indómitos potros. Al hacer sonar un foete los animales echaron a correr violentamente quedando aquel héroe y mártir descuartizado.

Cuando mi tío Prudencio terminó de narrarme aquella historia, que a su vez se la había contado el cabo Confesor, el sudor perlaba su rostro y sus ojos irradiaban un brillo extraño. Me dijo que sólo teniendo un año y medio de su ingreso, a los veinte días de enterarse de aquello desértó de las filas y le fue a contar todo a la familia Carpio.

Bolén se enteró también; pero sabía que era inútil hacer denuncias públicas. Prefirió, según me contaron, seguir investigando secretamente. Desde los primeros hechos de sangre, la casa de la familia Carpio era vigilada por agentes secretos y se comentaban que la próxima víctima podría ser él.

No he vuelto a ver a Bolén; pero me contaron que dijo que vengaría las muertes de sus familiares y que jamás le perdonaría, ni a los ejecutores ni al gobierno los crímenes cometidos. Estaba enfurecido y no quería que le mencionaran a la GON

Han pasado más de diez años y las cosas no han

cambiado en este país. Rectifico, sí, han cambiado: están peores, porque hay más astucia entre los mandones y más temor en el pueblo. No hay para donde coger. La crisis continúa azotando al pueblo y la GON también. La desesperanza crece. ¡Cuántas desgracias!

No había vuelto a saber de mi inolvidable amigo Bolén hasta ahora que llego de mi trabajo y leo en este abominable periódico el titular que me hiela y me calienta a la vez la sangre. Miro la figura impresa y comparo sus rasgos con la imagen grabada en mi cerebro y me digo: "Sí, es Bolén", y releo el titular y luego los detalles enterándome totalmente de lo ocurrido y la rabia me invade y monologo como un loco y la impotencia hace brotar lágrimas de mis ojos y maldigo a la GON y al gobierno y compadezco a mi amigo por las tantas desdichas; lanzo el periódico al suelo y lo pisoteo y vuelvo a maldecir al régimen. Tomo de nuevo el diario en mis manos y lo hago mil pedazos. La ira me hace temblar y me pregunto: ¿Por qué mejor no lo mataron? Me duele más lo que han hecho con él que la muerte de mi propio hermano. Hubiera sido mejor que lo acribillaran a balazos, como han hecho con tantos revolucionarios. Un muchacho que era tan respetuoso, tan bueno, tan consciente, con ideas tan avanzadas. Eso es lo que a estos azarosos gobiernos les gusta hacer con hombres como él. Y lo que más me duele es pensar que, según parece, Bolén ni siquiera se ha dado cuenta del gran engaño ¡Qué gobierno tan malo, tan abusador, tan aprovechado, tan...! Por eso es que me enojo al ver su fotografía (¡hasta a colores!) y para mayor indignación de los que lo conocíamos bien, publicada en la primera página y con estas cinco palabras y tres iniciales grandes (y negras como su suerte) que dicen. "BOLÉN CARPIO, JEFE DE LA GON".

Los Fantasmas del Convento

Seudónimo:

“Ariel”

Autor: Sergio Reyes

Lugar de Procedencia:

Santo Domingo, D.N.

I. Un coro de ánimas tristes.

El sonido proyectado en la distancia dejaba latente la vaga impresión de ser causado por un concierto de gatos maullando a la intemperie, en la nocturna soledad de la monótona ciudad colonial. Aguzando más el oído podía percibirse con nitidez algo así como un quejido, un lamento doloroso, proveniente quizás de la propia esencia monumental de la histórica ciudad. Algo que estaba impregnado en las sólidas y vetustas paredes de las casonas, iglesias y fortalezas, que aún se erguían imponente, como recuerdo imperecedero de la ciudad de los Colones y del Comendador Ovando; que viajaba en el espacio, acompañando las metálicas notas orquestadas en los altos campanarios erigidos por la devoción cristiana.

No obstante, algún incrédulo y acucioso chiquillo, más dado a las historias y leyendas, que a las oraciones, hubo de dedicar algunas de las horas perdi-

das de sueño para profundizar un poco más en la naturaleza real de los enigmáticos y sospechosos sonidos, habida cuenta de que no daba crédito a las vagas e imprecisas justificaciones que sobre los mismos recibía de sus mayores. Definitivamente, más que maullidos, aquellos parecían ser quejidos: no de gatos sino de humanos.

¡Plañideras de niños, asustados y horrorizados!

Cada noche de luna repetíase tan macabro concierto y poco a poco fueron atándose los cabos hasta que la verdad total fue conocida y se hizo pública.

Esa dramática y horrenda verdad padecida en carne propia por aquellos que vivieron en la amurallada ciudad capital en la década de los treinta y años posteriores, es la que presentamos a continuación.

II. La Tragedia

Corría el año de 1930. Menos de 20 días habían transcurrido desde la toma de posesión de un gobierno que habría de dirigir los destinos de la República durante más de tres décadas en la más oprobiosa y sangrienta tiranía que recuerde la historia dominicana.

La ciudad capital había amanecido nublada aquel 3 de septiembre. La temporada ciclónica estaba en marcha y todo hacía suponer que se acercaba algún fenómeno meteorológico de los que ya estaba habituada la población. A medida que la hora avanzaba, la ciudad recibió con escepticismo la confirmada noticia de que se acercaba un meteoro de incalculable capacidad destructora. Los más cautos se pusieron a buen recaudo, pero la mayoría se dedicó a rastrear con la vista desde el malecón el desenfreno de las olas en el embravecido Mar Caribe, haciendo caso omiso al aullar de las sirenas que prevenían contra la desgracia.

Pasado el mediodía, la furia incontenible de los vientos se descargó sobre la añeja ciudad provocando en apenas segundos la destrucción casi total de las populosas ba-rriadas constituidas en su mayoría por humildes casuchas construídas de madera y zinc. Los viejos edificios coloniales resistieron con hidalguía el embate de los vientos pero no podría decirse lo mismo del desastroso efecto causado por los torrenciales aguaceros que sobrevinieron al ciclón.

Un espectáculo dantesco se ofrecía a la vista de aquel que tuviese valor para internarse en lo profundo de la hecatombe, entre escombros, lamentos, muerte y desolación. A tal extremo llegó el apocalipsis, que familias completas fueron arrastradas por el paso impetuoso de los vientos o la fuerza destructora de las aguas, sin que llegase a saberse nunca lo que había sido de estos.

En este marco desgarrador quedó encubierta la tragedia.

III. Atrapados bajo tierra.

El convento de Santa Clara, ubicado entre las actuales calles Isabel la Católica, Padre Billini y las Damas, albergaba la congregación de las piadosas monjas Clarisas quienes, entre otras actividades, dirigían un internado de niñas de humilde extracción, las más de ellas huérfanas.

Contaba dicho recinto con amplias instalaciones dotadas de capilla, aulas para la enseñanza básica, una vasta hortaliza y un pri-moroso y bien cuidado jardín. En un hermético y protegido sótano se encontraban los dormitorios tanto de las religiosas como de las desamparadas puestas a su cargo.

Tal parece que estaba escrito que el destino habría de ensañarse contra aquella devota congregación y

su humilde feligresía. Tan pronto principaron a caer los torrenciales aguaceros sobre la indefensa ciudad, el agua se comenzó a esparcir, ocupando los espacios a desnivel. Corriendo por pendientes inclinadas, el agua arremetía con fuerza arrastrando a su paso puertas, troncos, piedras e incluso a las personas desaprensivas, que desdeñando los consejos de la prudencia, se aventuraban a salir a la calle, picadas por la curiosidad.

Sin que fuese descubierta a tiempo, el agua comenzó a colarse hacia lo profundo del refugio, inundando en breve tiempo los salones anteriores al espacioso dormitorio donde se encontraban las indefensas religiosas. En esos momentos su atención estaba puesta en emotivas plegarias al Altísimo en procura de piedad para la República.

Una espeluznante oscuridad, disminuida apenas por la temblequeante lucecita de alguna "jumiadora", ocupaba el extenso salón.

El frío contacto con el agua constituyóse en la señal de alarma ante el inminente peligro. En acelerado tropel se dirigieron hacia la escalinata que conducía a la salida, rebasando los obstáculos que ya se interponían, arrastrados por la corriente.

Sin embargo, triste y cruel habría de ser la sorpresa recibida, cuando al ascender al último escalón descubrieron que la portezuela se encontraba obstruída desde afuera a causa de los escombros arrastrados por el vendaval.

Resulta horrendo relatar la patética escena en que aquel grupo de atribuladas monjitas, rodeadas de las aterrorizadas huerfanitas, fueron quedando cubiertas por la inundación del salón. En vano trataron de pedir auxilio, pues afuera la población se debatía también entre la vida y la muerte, corriendo alocadamente en busca de un seguro refugio. Las voces pro-

venientes del soterrado salón, de por sí disminuidas por lo inaccesible del lugar, quedaron atenuadas por el revuelo en la ciudad, con lo cual quedaron irremisiblemente abandonadas a su suerte y en la más espantosa soledad.

Cuando de las enronquecidas gargantas no salía más que un quejumbroso lamento y el agua ocupaba la casi totalidad del espacio vital, empezaron a caer desfallecidas las más pequeñas de las niñas ante la angustiada e impotente mirada de las religiosas. Poco a poco fueron quedando cubiertas por el agua y finalmente no quedó más que un absoluto silencio ocupando las inundadas instalaciones del añoso convento de Santa Clara.

El sarcástico destino había cobrado vidas inocentes, ensañándose con inusual desenfreno en aquella negra tarde de septiembre.

Y después, el lúgubre manto de la noche con su carga de lamentos, envolvió la desolada ciudad.

Solo gracias a la sobrehumana capacidad de superación del pueblo y la toma de heroicas medidas por parte de las autoridades, se pudo superar el sentimiento derrotista, producido por la trágica catástrofe. Luego de extensas y agotadoras jornadas de trabajo tesonero, en las que se integró todo el pueblo sin distinción de clase ni posición, empezó a vislumbrarse la reanudación de las labores normales en la ciudad. Cuando las calles, plazas y barriadas volvieron a reaparecer de entre las ruinas y las montañas de escombros, comenzaron a elaborarse las estadísticas fatales sobre los daños en vida y propiedades. Cada cual sacó sus cuentas sobre amigos y familias perdidos y de manera más imprecisa, los desaparecidos.

Entonces, con la fuerza incontenible de un volcán que desgarró las entrañas de la tierra, todos volvieron

la vista hacia el silente convento en donde previo a la tragedia siempre campeaba el bullicio proveniente de la juguetona chiqui-llería.

¡Solo dolor y lamentos quedaban para el recuerdo!

Y luego, de colofón, en una inexplicable y dramática medida, el autoritarismo oficial dispuso cubrir con gruesas fosas de concreto todo el piso del convento quedando por siempre atrapados los cadáveres de las víctimas en lo profundo del sótano en una inusual y patética fosa común, cual si se quisiera borrar de la faz de la tierra el recuerdo de la tragedia que no se pudo evitar

IV. La leyenda

En las noches calurosas de la ciudad colonial, cuando los últimos susurros de las viejas oraciones se apagaban, quedando apenas el sonido de los grillos y el rechinar de los altos ventanales arrastrados por algún vientecillo travieso, cualquier aguzado insomne podía escuchar en la distancia un apagado lamento proveniente de lo más profundo de las alcantarillas que corren bajo el añejo empedrado de las calles y plazas.

Luego de algunos instantes de precavida y aguzada atención, se comenzaba a definir la naturaleza de los ruidos percibiéndose con más claridad su semejanza con lamentos, quejidos y gritos desgarradores. Un escalofriante temor, que ponía los pelos de punta al más valiente, hacía que la noche perdiera su encanto y placidez pasando a ser entonces, algo más que una pesadilla.

Bien pronto comenzaron a asociarse los sonidos nocturnos con el deambular de las ánimas en pena de las víctimas de la catástrofe, quienes al decir de los vecinos vagaban intranquilas por la falta de cristiana sepultura para su descanso eterno. Esta creen-

cia, extendida con el tiempo de boca en boca, se convirtió en leyenda y de nada valieron los intentos de los adultos por convencer a los niños de que los ruidos eran provocados por manadas de gatos errabundos.

Un patético detalle epilógaba la trama. con puntualidad meridiana y cada 3 de septiembre se repetía el suceso, en una macabra ocurrencia que no se podía ocultar

Fue preciso recurrir a la intercesión de la iglesia para mitigar el lamento de las ánimas en pena. Sin embargo, los vientos de la noche, provenientes de las tibias aguas de la ría del Ozama cuando vuelan sobre la empedrada ciudad, aún arrastran un tenue y vago rumor. Mi madre persiste en decir que son los gritos de la madre superiora, que aún mantiene la esperanza de que alguien llegue en su rescate, y que libre de la espantosa muerte, aunque sea a las pobres huerfanitas.

Muerte en Silencio

Seudónimo:

“Sonrisa”

Autor: Maribel Trinidad Valdez

Lugar de Procedencia:

Palmarito, La Vega

La loca Regina llegó como todos los días al almacén de Ramoncito a las 7:15 de la mañana.

-¡Qué hay don Ramoncito! Deme Salami con pan pa' comer, que tengo hambre. Regina era una señora que vivía deambulando por el barrio, toda sucia y harapienta, pero que por su pintoresca figura se había convertido en un popular personaje del lugar. Estando ella en el almacén llegó la vieja Chabela, le dio algunas monedas y Regina salió del almacén a vagar por el barrio.

Con una expresión de molestia Chabela le dijo a Ramoncito:

- Le di la limosna, pero que la aproveche que es la última que le doy; porque no tengo yo para mantenerme a mí misma, contrímás para mantener a esa loca.

Don Ramoncito la miró y no dijo nada, como siempre. No dijo nada.

Al mediodía, Rosario la mujer de Ramoncito, una mujer de piel morena como la maleza, físico áspero pero rebosante de una ternura increíblemente natural, llamó a su esposo para comer. Durante la comida, conversaban a cerca de el Bibis, hijo de ambos y al que consentían en todo por ser su único hijo; y él, aprovechaba esto al máximo y abusaba de todas las personas inocentes existentes en su comunidad. Ya sus padres no sabían qué hacer con él, porque donde quiera que iba dejaba muy malos ejemplos. Don Ramoncito todo el tiempo pensaba en la tragedia que había sido su vida muchos años atrás y creía que el Bibis le había llegado como un castigo de Dios para que pagara en vida todo el daño que causó. Ese era su gran secreto y él tenía que callar y no decía nada como siempre. No decía nada.

Una mañana Regina no fue a buscar de comer al colmado y tanto Ramoncito como todos los clientes encontraron extraña su ausencia.

La mañana seguía su curso mientras que el astro rey seguía desplegando su melena anaranjada en el horizonte, que se tornaba cada vez más dorada esclareciendo el cielo, los caminos y las grandes ciudades.

La vieja Chabela tardó ese día más que cualquier otro para ir a comprar

Al fin, la mañana ya avanzada apareció Chabela diciendo:

- Buen día Ramoncito, deme dos pesos de aceite pa prender la lumbrera a las ánimas. En lo que le despachaba su pedido miró sigilosamente a su alrededor, se acercó a la puerta y miró por todas partes. Detrás de ella, Ramoncito la miraba pareciendo adivinar el pensamiento.

Chabela se viró y le dijo a Ramoncito:

- ¿Qué pasa? ¿Es que, se perdió la loca?

Ramoncito sarcásticamente le dijo:

- Por Dios Doña, no le diga así, ella se llama Regina y acerca de lo que usted pregunta yo estoy más intrigado que usted, pero así mismo es, ella no ha venido ni siquiera a buscar qué comer

Doña Chabela retorció la boca y le dijo:

- Umm. eso sí está raro... y sale relojeando por todas partes.

Ese mismo día, al atardecer, Doña Chabela y Miguelín, nieto mayor de ella, que por cierto, era alto y curpulento, salieron para la loma a buscar leña.

Cuando iban a mitad de camino, Doña Chabela que era muy curiosa y le gustaba siempre ir mirando a todos lados, miró hacia el barranco que quedaba de un lado de la loma y que para bajar había que hacerlo con cuidado para no caerse y vio un saco grande que parecía que llevaba algo grande adentro. Al mirar exclamó asombrada.

-¡Virgen Santísima! ¿Qué es aquello? Ven a ver, ven a ver Miguelín, pero apúrate muchacho.

Miguelín, fastidiado por la urgencia de ella respondió:

¿Y qué es abuela? ¡Espérese, que usted parece haber visto un muerto!

Ella asustada le replicó:

- Algo parecido mi hijo, pero ven pa' que veas, para que bajes a ver qué es.

Miguelín, sin más remedio que obedecer, bajó y al llegar al fondo abrió el saco y al ver lo que había dentro, se quedó sin habla. Chabela al darse cuenta de su expresión, le gritó:

-¿Que pasó muchacho? ¡Parece que viste el mismo demonio en persona!

Miguelín sintió que se oscureció todo, que los árboles querían devorarlo con garras invisibles. Al fin, gagueando, pudo soltar algunas palabras.

-Hay, hay mamá, si, si usted viera Es que no lo puede creer Es Regina, abuela, es la loca y está muerta abuela, está muerta.

A Chabela le sorprendió la noticia, pero acostumbrada a sustos peores, le gritó valientemente:

- Pero súbete muchacho es que te piensas quedar con ella allá abajo.

El muchacho amarró temerosamente el saco. Le hechó ganas al asunto, se lo subió al hombro y comenzó a trepar con cuidado.

La vieja Chabela no quiso verla y decidió llevarla mejor al pueblo.

Al llegar allí, la gente se preguntaba que llevaban ahí.

La bajaron frente al colmado de Don Ramoncito, destaparon el saco e inmediatamente rodearon todo el lugar.

La gente alborotada comentaban.

Pero, ¿quién lo hizo?

Parece que fue anoche.

Por eso no aparecía en parte.

- Hay Jesús, la pobre.

Quien lo hizo, debió haber sido un animal.

Y así seguían los comentarios.

Ramoncito salió sorprendido y al ver a Regina no podía creerlo.

Chabela se acercó al pulpero y comentó:

- Se ve que fue planeado, porque la metieron en un saco y la tiraron por donde nadie pasa, de chepa la encontramos Miguelín y yo.

El se ofreció a costear todos los gastos del funeral.

Al otro día, después del entierro, Ramoncito se encontraba más afligido que nadie en todo el vecindario.

Rosario, su esposa, tratando de consolarlo le decía con ternura:

- Pero ya mi amor, yo sé que te duele su muerte; pero tenemos que irnos haciendo a la idea de que no la volveremos a ver

Pasó el tiempo y Ramoncito aún no sabía que quién mató a Regina fue su propio hijo, que había descubierto su secreto.

El secreto era que Regina había sido la esposa de Ramoncito y se volvió loca por su culpa. El a pesar de esto, la abandonó un tiempo a su suerte. El Bibis, al ver la debilidad de su padre hacia ella y temiendo que le quitara la herencia que le tocaba como hijo único, la mató, la metió en aquel saco y la tiró en aquel barranco.

Don Ramoncito murió creyendo que su secreto no había sido descubierto y el Bibis logró su deseo.

Murió en silencio, como siempre, y según él creía, con él se enterró también su secreto.

Diva

Seudónimo:

“Cronopio”

Autor: Máximo Vega

Lugar de Procedencia:

Santiago de los Caballeros

Uno no puede responderse con verdadera sinceridad por qué vuelve a la calle de las aventuras y los besos furtivos debajo de los toldos y las caminatas infinitas de media noche hasta el cementerio, buscando infructuosamente la imagen vaga que regresa a la memoria de los maniqués antiguos que adornaron mi juventud y que me convirtieron en hombre, mientras los manoseaba recostado de los árboles talados saboreando entre el placer y el asco su aliento de humo de cigarrillo y goma de mascar. Quién creería hoy que el abogado fulano de tal, saco y corbata, bozo de peluquería, brillantina regular y lentes recetados, se pasearía de vez en cuando por aquel cine de la acera de enfrente en donde ve de nuevo su propia vida transcurriendo entre volutas y malaspalabras, mujeres negras empapadas de polvo talco que se reían de su inocencia, sudor en gotas que le resbalaban desde la frente, pantalones de licra y faldas cortas en colores fosforescentes.

Pero es así, en serio. Es como si volviera a ser el

perseguido tenazmente por los amigos, el asiduo de las películas pornográficas a las que ellos siempre iban -y hay que seguirlos, claro- los debes ir no te debes quedar, los debes conocer a Sonia y Sonia te hará de todo. Lili, Andreína o Gina. Salir de la casa a las ocho de la noche de cualquier noche y transgredir las promesas de regresar temprano, llegar a los adoquines y recorrer una a una las inmorales -entre comillas- que se pasean lejanas delante de los hombres aislados que las cuidan a distancia y las aman más de lo que ellas mismas piensan o se imaginan. Nos damos la vuelta y nos encontramos asombrados con que hay pared, los bloques de cemento y la mujer con la boca llena de pastillas de menta que mastica crujendo, tiñéndole los dientes de colores surtidos. Vamos donde Sonia, vamos -se burlaban. El temor del primer día, la oscuridad total de la acera en donde no quedan huellas, los estudiantes avergonzados o los lúmpenes de ocasión, ella debajo de aquel toldo verde descolorido componiéndose el maquillaje con el carmín entre los dedos y el espejo diminuto en la mano izquierda, yo fumando un cigarrillo que mi edad supuestamente no permitía, cabello largo y rouge, pintalabios a prueba de besos y minifalda intentando esconder medias negras. Pero tenía algo de elegante, algo de poco barata. La luna llena. Con cincuenta pesos uno la saca de debajo del toldo y se la lleva con rapidez pero sin apuro hasta un cuartito estrecho y oscuro que huele a vetiver en donde ella -la pasionaria, la poseedora- se coloca de espaldas y dice que se protege de las enfermedades con su voz tierna de símbolo sexual.

Pero a mí no me tocó ella la primera vez. Sacando un chocolate derretido de mi pantalón y lanzando al arroyo del contén el cigarrillo, vi cómo se acercaba un señor viejo y canoso en un auto blanco, le abrió la puerta y se la llevaba sin muchas palabras, pensaba yo que al cuartito que sólo conocía por sórdidas referencias. Esa noche me fui con otra. Luis me la recomendó, rápida y callada para los inexpertos. Esta

mujer estaba parada junto al farol de bolas de cristal rotas, recostada del barrote como en una estereotipada película francesa. Me pareció sucia y falsa, pero me encontraba demasiado excitado. Me regaló diez minutos, tuvo lástima de mí por mi edad y me mostró al final orgullosa su diente de oro como un trofeo que le brillaba en la penumbra de las luces apagadas. Todo ocurrió allí mismo, recostados ambos del farol destruido.

Al día siguiente -los días se siguen con cierta vaguedad de bruma en los sueños y los recuerdos, quizás fue una semana después: aclaro - volví a las vicisitudes del toldo verde. Es como si viese todo a través de una venda transparente: ella estaba allí, de nuevo el espejito y el carmín, pero no el mismo vestido. Alberto tratando de ganar terreno desde el principio, buscando como un perito la más bonita y a la vez la menos cara, me di prisa para que no apareciera en esta ocasión el inoportuno viejo canoso en su auto clase media alta, la abordé con una seguridad que a mí mismo me impresionó. Le mostré el dinero, el viejo nunca apareció.

-¿Cómo te llamas? - en el camino.

- Eso a ti no te importa, querido.

Por favor .. te voy a pagar cincuenta pesos.

- Eso no es dinero. Pero si lo quieres saber, me llamo Sonia, querido.

Alberto riéndose por detrás de mi ingenuidad mientras nos alejábamos, Luis con poco dinero. El callejón oscuro y estrecho con perros durmiendo sobre los escalones, los borrachos desdentados y las caras repetidas, secuenciadas, del viejo y ella, ella y el viejo. El cuarto más estrecho de lo que me imaginaba. "Tienes quince minutos", me dijo. "Nada de romance" Olía a limpio, es cierto, su aliento de jugo de

naranja. Se quitó la ropa con rapidez -como un raso de luz y zas-, en la oscuridad no se puede apreciar mucho, quince minutos por detrás y con preservativos: los extraños caminos del Señor "Sonia, Sonia" "Me muero, Sonia" "Por ti, Sonia", le prometí, al final.

(Aclaración pertinente: era la mujer más hermosa que había conocido, pero esto no es exagerado puesto que había conocido pocas mujeres. En la oscuridad, su cuerpo limpio que olía a lavanda, sus gemidos quizás falsos, la luna llena a través de la ventana abierta, vestido que crepita, medias puestas, me voy a quemar en el infierno).

Ahora me parece extraño estar pensando en esto con una vehemencia incluso especial. Ahora que estoy casado con una mujer fiel y buena que tiene una gran familia -la madre los fines de semana, los hermanos en las noches, los primos y los demás los días de trabajo- porque lo único que nos puede mantener unidos en este mundo hipócrita y traidor es el núcleo familiar. Ella se hace cuidadosos roles los viernes en la noche, es bonita y puedo mostrarla con orgullo a los amigos llevándola a algunas invitaciones bobas. Tenemos una normal vida sexual: a veces a ella le duele la cabeza, a veces a mí. Entre fines de semana vemos televisión, los se-riales de las ocho bebiendo limonadas, las películas del video club riéndonos de todo, la cena ya sin conversar, leer el periódico y algunos libros de derecho, la cabeza escondida detrás de las páginas buscando la evasión de los símbolos que al fin y al cabo no leo. Sin embargo, a veces soy un poco feliz.

(Los amigos me visitan, voy al Palacio de Justicia inevitablemente, como fuera de casa, a mi esposa la envidia Raúl, se fue la luz y esta es la noche de hacer el amor, me muero por saber el desenlace de la historia y qué esconde la narración detrás de la pantalla de la lámpara adornada con un papel celofán rosa-

do).

A Sonia no le gustaba mi edad. A mí no me gustaba que la fuera a buscar el viejo en el auto blanco, que se la llevaba con alguna violencia soterrada. Yo ahorraba dinero para ir a ver semanalmente, cruzaba la acera de los serios y los tímidos y los cobardes y desmadejaba el lío de las ánimas en pena, las demasiado viejas o las demasiado jóvenes, las en la edad exacta y los demás descubridores y llegaba con demasiada celeridad hasta ella. La encontraba, le mostraba el dinero -Siempre tenía que mostrale el dinero antes: esto me disgustaba- y me la llevaba - o ella me llevaba, más bien- al cuartito estrecho que empezaba a gustarme.

Me decía:

No sé por qué te has acostumbrado tanto a mí -encendía un cigarrillo. Eso no es bueno.

Tenía una voz aflautada y dulce, demasiado dulce.

- Deberías tener novia, querido.

Camínaba en bata por el cuarto y se sentaba en una silla frente a la cama. Prefería estar a oscuras sin el maquillaje, pero yo empezaba a adivinar los objetos y su cuerpo en la penumbra.

- Tengo novia. Y es muy bonita. Dice que me quiere mucho.

Y era cierto. La iba a ver cada dos noches, su madre me quería también y pensaba que yo era el mejor partido del mundo -cosas de madres, supongo-, mi novia la buena que me besaba tímidamente y se cuidaba para el matrimonio. ¡Bah!

-¿Qué eres? ¿Qué haces, querido?

- Soy estudiante. De la universidad.

- Un estudiante, -se quejó- lo que me faltaba.

Era cruel. Yo me mantenía un poco al margen y callado, nada de romance y le pagaba para sólo verla: mi esposa se asombraría de mi silencio -del mío, el hablador, el polémico-, pero este alguien solamente pretendía ser escuchado. Caminaba por el cuarto en bata y ropa interior, y yo entendía que se exhibía.

- Me tengo que ir, querido. Hay que pagar

- A verte con el viejo, ¿eh? Yo te puedo pagar mucho más que él.

Ella sonreía con benevolencia por mis celos, como una madre solo un poco mayor que yo.

- Tú nunca vas a pagar más que él. Nadie, querido.

Lanzaba el cigarrillo por la ventana y empezaba a vestirse con tranquilidad. Se movía teatralmente, como una autómata.

- Vete con tu novia. No te acostumbres a mí.

En esto consistieron las primeras tres noches, hablar de nada y hacer el amor, aumentar la tarifa para poder seguir hablando de nada, cosas de falsos amantes, disparates hilados, historias imposibles, amores extraños...

Volvía a mi casa con cara de drogadicto y me acostaba nervioso en mi cama que se empapaba de inmediato de mi sudor. Veía la luna a través de la ventana, por encima de la cama de mi hermano y de su cuerpo arropado de pies a cabeza a pesar del calor. Había algo que no encajaba, que se estrellaba contra la pared de cemento y se hacía añicos, como cristales

rotos encima de la acera. ¿Por qué sudaba? ¿Cuál era el misterio? Quizás estaba mi novia de por medio, quizás la infidelidad me golpeaba y admitía que no podía ser de ninguna manera el niño bueno que proyectaba. La noche se cerraba de golpe, el sueño llegaba como un bálsamo.

(Hacer el amor de dos maneras: mi mujer, ella. Mi mujer: la tranquila, la de su casa, salón de belleza y medias blancas, amigas conversadoras y celos fingidos, "Burda y "Vogue" y novela de las diez. Brasileña para clases media. Indefendibles. Culpables).

Entonces me dirigía donde mi novia verdadera y entre besos robados y forcejeos interminables me quitaba un poco el sabor de boca de mujer comprada. Mi novia me besaba con ternura real, nada de fingir, sus gruesos labios rozaban los míos apenas y yo, sin embargo, no hacía más que pensar en Sonia mientras abrazaba la cintura de la otra, tan niña buena y dulce que quiere a su novio sobre todas las cosas, que le es fiel y que nunca se separará de él mientras vida le quede para amar, respetar y servir. Esto es interesante. Había algo que me inquietaba, como un resultado mal calculado luego de la igualdad de la ecuación, algo que no estaba previsto y que hasta ahora uno descubre, ¡claro!, es como si se encendiera un tenue bombillo, un foco de pilas agotadas. Estaba enamorado profundamente de Sonia, admitía forcejeos con mi novia la buena pegados a la pared de la galería de su casa mientras su madre evadía oírnos a través de la ventana de su habitación -su madre deseaba más que nadie que nos casáramos, como si tuviese una apestada en su casa y quisiese salir de ella lo más rápidamente posible; pero había una cosa que no encajaba, como la X aquella, como un caso perdido, inapenable.

Fue entonces cuando se lo confesé. "No te quiero", le dije. "Tendremos que dejarnos. Estoy enamorado de otra" y fue como un golpe. Sus manos se

crisparon en la penumbra. Supongo que fui demasiado cruel, pero uno tiene poca piedad con las personas a las cuales no ama: se echó a llorar sobre mi hombro como una niña, como una niña que va a despertar a su madre que sueña la nada y al final -en la mañana, cuando lo descubra, qué sé yo- me odiará por ser sincero con su hija y no llevarla a la tortura de un matrimonio con poco amor "Me voy", le dije y la rechacé sin darle más explicaciones cuando intentaba besarme la mejilla, no quería hablar más, hablar más para qué diablos; de repente -cuando empecé a bajar los escalones y a mezclarme con la noche que olía a desperdicios- se abrió la puerta y su madre salió como si hubiese escuchado todo y sólo esperara oírme partir para maldecirme y empezar a consolar y me di cuenta de que quedaba solamente un camino, una vía para no echarme para atrás, para no volver la cara y ver la compañía que se aleja, la soledad, los vestidos. No sé, son cosas que uno hace sin pensarlo dos veces, como hablar o cruzar la calle sin mirar para arriba y para abajo.

(Ella: Gemidos, muecas, camino errado, boca estrecha. Indescriptible).

Ahí estaba, de nuevo bajo el toldo. La vi desde la acera de enfrente, me le acerqué con poco valor; ella debió verme como si estuviese embriagado. "El del colegio", me saludó burlona. Yo estaba sudando, no me había dado cuenta pero transpiraba y sólo había andado tres cuadras. "Estoy enamorado de ti", le declararé. "Dejé a mi novia" No sé si realmente todo ocurrió tan rápidamente, pero fue rápido. Las ideas se me enredan entre los recuerdos y los pasos que conté uno a uno esa noche. Se rió, luego se puso seria, volvió a reírse, luego se puso muy seria y me di cuenta de que había algo de miedo en el rictus amargo de su boca, en la careta en la cual se convirtió su rostro, en el poco -poquísimo, sin pizca nada más- de dolor que sentía por mí y que brotaba violentamente, como si me odiara.

- No sabes nada de mí -empezó- Esas son cosas de muchachos. Plénsalo bien.

Parecía como si yo le diese lástima.

- No vuelvas más -terminó- No te voy a atender más, querido.

Y eso fue todo lo que dijo, y creo que fue demasiado. En ese momento llegó de nuevo el viejo, su auto acomodado y sus cadenas de oro falso; sentí como si millones de ojos estuviesen observándome. Ella subió al auto y se marchó, el viejo me hizo una señal obscena, la vi partir con una desazón terrible, como si estuviese muerto. Empecé a caminar en dirección a mi casa.

Porque ella pensaba que yo no sabía, pero yo realmente sabía. Por eso jadeaba, por eso no le propuse sacarla de esa vida, alejarla del viejo que la cuidaba, prometerle todas esas cosas bobas y absurdas que se ven en las películas y que uno tiene la ilusión de que sí, que se pueden decir y hacer tan fácilmente como en las fábulas de Esopo, hadas de los hermanos Grimm y el patito feo. La noche estaba tan oscura, mi padre me estaría echando rayos y seguramente no me prestaría por una semana el auto - como si tuviese un Mercedes Benz, el Datsun ese-, y no podría salir por un tiempo con Luis y Alberto. Sabía lo que era, pero ella pensaba que no, que ni siquiera lo sospechaba. Había pasado noches enteras en vela, la incertidumbre me carcomía y sin embargo esa noche descubría que era claro, que era cierto: la ecuación se resolvía. Hubiese sido más fácil esperar a que se cambiara en el baño, la luz por primera vez encendida con la puerta abierta y ella delante del lavabo y el espejo, maquillándose, absorta en el carmín, en el rouge, en el rimmel; atraparla por detrás y tocarle los genitales, todo rápido sencillo y a la vez lamentable; esperar a que se asustara, a que soltara el hipo y fumara un cigarrillo nerviosamente, que le fallara la

respiración, que se contagiara de asma y luego preguntara qué iba a hacer, pedirme piedad - "no me hagas nada, déjame ir, por favor"- porque obviamente no era la primera vez, tan indefensa la pobre y tan aterrorizada que mi primera intención hubiese sido tratar de protegerla para siempre; decirle que no le iba a hacer nada porque nunca había conocido a nadie como ella y repetírselo y repetirlo; "quisiera tenerte solamente para mí" y luego, cuando se calmara y se diese cuenta de la verdad y de que ésta no lleva casi nunca a la felicidad -por qué, por qué-, preguntarme con la cabeza baja si no me importaba y responderle que no, preguntarme ¿entonces me quieres? con la flauta aquella y responder la verdad sin nada de horror; sí, sí, y todos sabemos la verdad y no nos importa, verdad que no nos importa y no puedo dejar de ser lo que soy, no puedo dejar de ser lo que soy y varias frases para psicólogos como esta, nos quedaremos aquí juntitos abrazados, juntos uno al otro mientras amanece fuera y en esta parte del mundo y allá, detrás de la puerta y sobre la acera repleta de rayitos que tímidos cubren la tie-rra y calientan y alucinan, un niño camina hacia la escuela y nos espía y piensa en desayunos y en especies. Especies entre comillas, amores de zoológico. Aún me veo en el sueño, en la ilusión, con los ojos rojos y ardidos; aún veo mi llanto; aún me duele.

La noche siguiente hice las pases con mi novia, arguí una locura temporal. un chiste. Me quería demasiado, me perdonó. Luego nos casamos: ahora estoy con una mujer pariente de todos los habitantes de la ciudad, vivo en un mundo clase media en donde mis amigos dice T-shirt en lugar de camiseta, computer en lugar de computadora, corn flakes y hot cakes y crepés y raviolis y pastas en lugar de espaguetis importados de porquería. Las oportunidades llegan una sola vez en la vida -el amor, el éxito, el tormento- y uno las deja pasar cobardemente sin luchar: es el destino. Hoy, no soy ya un verdadero hombre.

Hace cinco años de esto, de lo que recuerdo y cuento con cierto aire de reposada melancolía. La vi ayer; está más gorda.

Αποχαιρετισμός

Hace cinco años de esto, de lo que recuerdo y
cuento con claro aire de reposada melancolía. La vi
y ¡qué está más gorda.

Anexos

Acta Unica

Los jurados convocados para el "Primer Concurso de Cuentos de "Radio Santa María" reunidos el domingo 24 de octubre en la ciudad de La Vega y después de ponderar los cuatrocientos veinticinco trabajos sometidos a nuestra consideración, hemos decidido los siguientes premios y menciones:

PREMIOS:

1. "Chanzas"

Pseudónimo:

"Onírico"

Autor: Pedro Pablo Marte G.

Lugar de Procedencia.

Estancia Nueva, Santiago. Tel. 583-5766.

2. "Nostalgia de Madera".

Pseudónimo:

"Mare Nostrum"

Autor: Luis Antonio Toirac Troncoso

Lugar de Procedencia.

Edif. Laura Marcelle V, Apt. 403

Calle Higuemota 5, Sector Bella Vista,

Santo Domingo, D. N., Tel. 532-6894.

3. "Suspiria de Profundis".

Pseudónimo:

"Electra, la que vive en tu sombra".

Autor: Julio Adames

Lugar de Procedencia:

Calle Grateraux 16, Constanza.

Tel. 539-2769.

4. "Mariposas de la Virginidad".

Pseudónimo:

"Virgilio Díaz Grullón"

Autor: Rufino Antonio Jiménez Valdez

Lugar de Procedencia:

Jina Hueca, La Vega.

5. "Tacuacha Blanca".

Pseudónimo:

"Rodolfo Avila"

Autor: Melchor Ernesto Rosario Santos

Lugar de Procedencia:

La Vega., Tel. 573-6966.

MENCIONES:

1. "Benigno".

Pseudónimo:

"Ave Fénix"

Autor: Mignolia Acevedo de Aracena.

Lugar de Procedencia:

Calle 3, casa 3, Residencial Primavera,

La Vega., Tel. 573-3648.

2. "La Barriga Salvadora".

Pseudónimo:

"Chanóe"

Autor: José Rafael Hernández Rosario.

Lugar de Procedencia:

Prolongación Avda. Central,

Altos de Hatico, La Vega.

Tel. 573-1367 y 573-3693.

3. "El Potro".

Pseudónimo:

"Jesús"

Autor: Bienvenido Pantaleón.

Lugar de Procedencia: Calle Rivas 151,

San Francisco de Macorís., Tel. 588-1179.

4. “Bolén Carpio”

Pseudónimo:

“Ivanex”

Autor: Viviano Regalado Moya.

Lugar de Procedencia. Calle Luperón 151

Guaraguao, Villa Riva., Tel. 587-0554.

5. “El Fantasma del Convento”

Pseudónimo:

“Ariel”

Autor: Sergio Reyes

Lugar de Procedencia.

Calle Interior G, No. 28, Ens.Espailat,

Santo Domingo.

Tels. 532-4842, 535-3079 y 681-4095.

6. “Muerte en Silencio”.

Pseudónimo:

“Sonrisa”

Autor: Maribel Trinidad Valdez.

Lugar de Procedencia. Calle 9, No. 46,

Palmarito, La Vega., Tel. 573-6508.

7 “Diva”.

Pseudónimo:

“Cronopio”

Autor: Máximo Vega.

Lugar de Procedencia. Calle Proyecto, Peatón 1, Casa

#19, La Gallera, Santiago.

Tel. 583-6944.

Dado en La Vega, a los 24 días del mes de octubre de 1993.

Enriquillo Sánchez

Julián Álvarez

Carlos Fernández-Rocha

Acto de Premiación

**Palabras del Padre
Antonio Llubes S.J.,
Director de Radio Santa María**

Hemos cumplido con un objetivo propuesto.

425 concursantes, nóveles y veteranos, estudiantes y profesionales, viejos participantes de nuestro rico concurso de décimas, amigos sinceros de RSM que se dijeron: "RSM nos dice que debemos participar" y cogieron lápiz y papel y se sentaron y dejaron hablar su corazón. Para haber hubo hasta cuentos de Pepito.

A todos, nuestro agradecimiento.

Aquí tendremos, en breve a los ganadores. Una excelente selección de un jurado conocedor y riguroso. Representados los géneros, la geografía, los orígenes sociales. Una amplia temática donde sobresalen valores que apuntalan la sociedad y entusiasman a hombre y mujeres al vir altruista.

Sentimos que hemos logrado nuestro objetivo. Convoquamos y nos respondieron. Ofrecimos la oportunidad de desarrollar un género más demandante y creativo y lo logramos. Buscábamos que nuestros viejos amigos de las Escuelas Radiofónica, del Concurso de Décimas, de todos nuestros programas tuvieran un medio de mayor expan-

sión de sus cualidades. Pensamos en el cuento como medio educativo.

Instituciones y personas se entusiasmaron con la idea. La radio y la prensa, asociaciones culturales, clubes, universidades y seminarios... amigos dieron su apoyo. El sí de E. León Jimenes, S.A. fue determinante. Ya lo dije en la proclamación de este concurso. Por meses busquemos ayuda. Freddy Ginebra nos vinculó con E. León Jimenes, S.A. bajo el consejo que era gente seria y de proyecto. Así ha sido. El representante de la firma, Don Mario Méndez, es hombre de hablar preciso e implementar sueños. Públicamente les doy las gracias.

Y al terminar, decir que seguimos adelante. Es nuestro deseo que el concurso siga por años. Y que lo enriquezcamos con nuevos géneros.

Nosotros en RSM tenemos fe en los hombres y mujeres, y en esta tierra, ¿por qué no? La vida nos lo ha demostrado. In nomine Domini seguiremos adelante.

Notas sobre la narración

I. La Narración:

La Narración es un relato de un acontecimiento o de una serie de acontecimientos. En ella el autor recoge una acción externa a él y nos la cuenta. Narrar es pues, contar una o varias acciones.

Narrar no es contar todo lo que ha sucedido, sería aburrido y sin interés. Se impone una selección de los acontecimientos, un proceso de eliminación. Se dice, que la mejor cualidad del narrador es la de "saber callar", la de distinguir cuáles elementos de la acción son realmente significativos. Este género de lengua expresiva incluye:

- La novela
- La auto-biografía
- El cuento
- Los incidentes y anécdotas
- La biografía
- Las narraciones filklóricas, etc.

En todos los tipos de narración hay un principio, un medio y un fin. Ciertos elementos deben ocupar un lugar determinado en la narración para que su efecto sea el buscado; por eso, vamos a presentarlos en forma esquemática.

1. Principio: Lo esencial de esta primera parte de la narración es la motivación. Un relato comienza con una persona o una serie de personas en cierta situación, en cierto lugar en cierto momento. Estas circunstancias contienen una chispa que dará origen a la acción. Alguien quiere algo, está insatisfecho con algo o tiene algún problema con otra persona. Cualquier cosa que obligue a la persona a actuar puede ser la chispa moti-vadora. la fama,

el dinero, el amor, el odio, la venganza, la aventura, etc. Sin esta motivación, una de las características fundamentales de la narración se perdería: la verosimilitud.

2. El Medio: El desarrollo de un relato es como un nudo atado que hay que desatar. Para que una serie de circunstancias produzcan un buen relato, se necesita que haya un obstáculo, ya sea interior o exterior; frente al protagonista, el antagonista.

El Suspense: La complicación produce un conflicto entre el protagonista y el antagonista. La lucha entre ambos comienza, un acontecimiento lleva a otro, y el suspense crece y se acumula.

El Clímax: Cuando la tensión entre el protagonista y el obstáculo ha llegado a su grado máximo y al suspense es más intolerable, el relato ha llegado a su clímax. Este es el punto decisivo después del cual el resultado final se convierte en inevitable.

3. El Fin: El desenlace o fin ocurre inmediatamente después del clímax, aunque hay relatos que carecen de desenlace porque el autor prefiere dejar esa tarea al lector. Lo inesperado, de una u otra forma, sería la característica de un final bueno. No obstante, ni final sorprendente ni final feliz son requisitos indispensables para lograr un buen relato.

La narración puede contarse desde distintos puntos de vista. Hay narraciones en primera persona, narraciones en tercera persona o con un punto de vista omnisciente y finalmente un punto de vista que emplea la primera persona, pero trata de ser impersonal como si fuera una tercera persona.

El punto de vista de primera persona o auto-biográfico se emplea cuando el personaje principal o uno de los personajes principales de la narración es el que cuenta lo que sucede. La ventaja de este punto de vista es que tiene un alto grado o tono de verosimilitud. En la ficción puede originar grandes dificultades técnicas: el personaje que narra no puede estar presente en dos sitios al mismo tiempo, aunque el autor quiera, y no puede saber qué es lo que piensan los demás. Es un punto de vista adoptado frecuentemente en la autobiografía y en algunas narraciones folklóricas.

El punto de vista de tercera persona u omnisciente, es más flexible y útil para cualquier tipo de narración.

Describe los sentimientos y motivos de los otros personajes; puede estar en cualquier sitio. Es frecuente, que el autor haga énfasis en la visión de uno de los personajes de la acción o cambie de uno a otro manteniendo su punto de vista de tercera persona.

La tercera posibilidad sería utilizar un personaje de poca importancia dentro de la acción y hacer que él narre lo que sucede. Algunos autores llaman a este procedimiento; "narrador enmarcado", porque el que cuenta está en el marco espacio-temporal de la narración. La ventaja de este punto de vista es que tiene también gran verosimilitud, como en la narración de primera persona, y se logra, sin embargo, la impersonalidad de la narración en tercera persona.

El autor no obstante, puede mezclar varios puntos de vista en una misma narración, cuidando de su coherencia y de las transiciones de uno a otro punto de vista.

En algunos momentos de estas notas se ha hablado de ciertas características de la narración. Procuraremos ahora resumirlas.

1. Unidad: La narración solo debe tratar un asunto o tema. En las narraciones de mayor extensión, como la novela, es posible tratar dos temas o más, pero en ese caso suelen estar conectados entre sí.

2. Coherencia: Cada detalle de lo narrado debe estar en relación estrecha con el todo. Los detalles vanos no tienen lugar en una narración.

3. Verosimilitud: Debe existir una unión lógica entre los motivos de los personajes y las acciones. Nada en una narración debe quedar sin motivar, sin justificar. Muchas veces los acontecimientos reales son tan inesperados y sorprendentes, que narrados, parecen inverosímiles; como lo narrado es una condensación de la realidad y solo está en relación análoga con ella, es preciso cuidar con especial atención de esta cualidad. Por eso, más adelante, volveremos sobre ella.

4. Selectividad Expresiva: La forma expresiva, debe tratar de reproducir las pasiones e ideas que se desarrollan en el texto. Una palabra cualquiera cumple su función de comunicación, pero no tiene muchas veces la carga expresiva de un buen epíteto, una metáfora, etc. Así pues, en la narración debe esperarse un alto nivel de selección de

cada palabra.

Los elementos de toda narración son sólo tres: los personajes, la acción misma (lo que sucede) y el ambiente. Sobre esto, sin embargo, hablaremos más ampliamente en relación al cuento.

En cuanto a la temática, la narración se puede dividir en: relato de acontecimientos, cuando el hincapié está sobre lo que sucede; relato de personajes, cuando se hace énfasis en las motivaciones o la psicología de los personajes; y relato de espacios o abierta, cuando la narración se concentra en el o los ambientes.

En toda narración hay descripción, pues es uno de los principales recursos del escritor. Se diferencian, en que la intención de la descripción es la de conocer un objeto, ambiente o persona; mientras que en la narración se profundiza más en los sentimientos y motivaciones de las acciones de las personas y en todo lo que impulsa a actuar a los personajes. En suma, la narración se introduce en la "vida interior" mientras que la descripción se queda en el "exterior"

Narrar por otra parte, es sugerir, explicar a medias. El lector es cómplice del narrador. El que narra debe despertar el interés, mantener la atención y despertar la curiosidad. El lector llena los detalles que la selectividad del autor lo ha obligado a dejar fuera. En la medida en que el autor es capaz, por medio del interés y de la sugerencia, de meter al lector "dentro de la narración" el resultado es mejor o peor

II. El Cuento.

Si hay algo en que coinciden la mayoría de los expertos es en considerar al cuento como uno de los más difíciles géneros literarios. Incluso su definición se presta a las más variadas conceptualizaciones.

Por ejemplo, el gran narrador inglés William Somerset Maugham lo define como "una pieza de ficción con un solo incidente material o espiritual y que se puede leer de una sola sentada. Debe ser original, chispeante, excitante o impresionar; debe tener unidad de efecto o impresión y avanzar con cada palabra, desde la primera, hasta la conclusión" Por otra parte, el gran teórico mexicano Gustavo Sánchez Silva lo define como "un género imaginativo que

se puede transmitir oralmente con facilidad. Un género que es, fundamentalmente, sintético, en el que todo es clímax”

Sainz de Robles en su célebre “Ensayo de un Diccionario de la Literatura” nos presenta la definición más extensa y detallada, sintetizando de alguna manera todos los aspectos señalados por los diferentes críticos; veamos: “El cuento es un género literario de difícil y selecta elaboración. No admite ni las divagaciones, ni el detallismo, ni el preciosismo estilístico. Exige, en su condición fundamental, una síntesis de valores narrativos: tema impactante, estructuración cuidadosa y correcta de los acontecimientos, rapidez y significatividad del diálogo, caracterización concentrada y precisa. El conjunto debe además agradar; por ello no hay cuentos con aciertos parciales: o son buenos cuentos o son malos cuentos o no son cuentos”.

Podríamos entonces sintetizar en cinco características o notas distintivas este género:

- a) Brevedad.
- b) Intensidad.
- c) Unidad.
- d) Sencillez.
- e) Originalidad.

Los tres elementos fundamentales del cuento son, como ya habíamos señalado: los personajes, la acción y el ambiente. Los personajes del cuento son generalmente bastante simples ya que la concentración necesaria del género no permite que el autor amplíe en sus cualidades o en su mundo interior. Cuando lo hace, es solo en cuanto está relacionado con el tema o la acción que se desarrolla. Suelen dividirse en protagónicos y secundarios, según sea su importancia en la narración. Por otra parte, se habla que hay personajes “planos” y personajes “esféricos”, según se desarrollen o no sus cualidades personales y su mundo interior (los primeros solo se conocen por su participación coyuntural en alguna peripecia de la acción; los segundos, no solo tienen una participación más significativa -deciden el curso de la acción- de ellos se conocen, además, sus motivaciones, sus problemáticas, sus sentimientos e ideas motrices. Claro está, ninguna de ellas se desarrolla con amplitud o detalles).

La acción en el cuento es igualmente simple, aunque no necesariamente lineal. Esto quiere decir que el cuento va

presentando una serie de acciones consecutivas organizadas temporal y lógicamente (causa/ efecto); también el cuento puede desarrollarse a través de una serie de acciones ordenadas con criterios psicológicos no-temporales (narración no-lineal). Hay numerosas técnicas que se pueden usar para interrumpir o dislocar la linealidad temporal o la cadena lógica de causas/ efectos. Entre ellos cabe destacar el "flash back" o mirada retrospectiva y la multiplicidad de planos temporales discontinuos. En estas técnicas residen parte de las dificultades que presentan los cuentos contemporáneos para los lectores promedio.

Por último, el ambiente es la espacialidad (lugar o lugares) en los que tiene efecto la acción del cuento. Para muchos, este medio espacial se puede dividir en físico o psicológico según se enfatice la materialidad de los objetos y ambientes o su valoración síquica por parte de los personajes. Otros prefieren simplemente, dividirlos en rurales y urbanos, dependiendo de si se desarrollan en uno u otro espacio físico. Ocasionalmente, el ambiente físico presentado en el cuento no coincide ni se aproxima al de la realidad de referencia habitual. Son, evidentemente, creación del autor; esto no debe ser obstáculo, sin embargo, para considerarlo en alguna de las clasificaciones ya mencionadas.

Más que ninguna otra forma narrativa, el cuento debe despertar el interés y la curiosidad del lector desde los primeros párrafos. El interés, para que el lector se identifique, ya sea con los personajes, la situación narrada o la temática implicada; la curiosidad, para que el lector desee conocer en qué va a parar el curso de la acción.

Su desarrollo, por otra parte, lo comparaba el gran maestro Horacio Quiroga a una flecha disparada hacia un blanco. La flecha se dirige directa y sin vacilaciones hasta el lugar al que apuntará el arquero. Así, el cuentista debe saber exactamente cuál es el final de su cuento desde antes de comenzar a escribir: debe saber cuál es el blanco al que apuntará su flecha. Además, todo incidente por pequeño que sea, todo personaje poco significativo o accidental, todo detalle que no contribuya al desarrollo eficiente del cuento, debe depurarse.

Se ha especulado mucho sobre si el final de un cuento debe sorprender o no al lector. De hecho, durante décadas, esta fue la opinión más generalizada. Hoy en día, sin

embargo, debido al uso frecuente de las estructuras narrativas de finales abiertos, esta opinión se ha puesto en duda, al menos entre algunos creadores. Nos parece, no obstante, que es una cualidad a tomarse en cuenta y que aumenta, definitivamente, el valor de un texto.

Otro aspecto que se ha discutido en muchas ocasiones es acerca de la extensión del cuento. Hay cuentos que sin dejar de serlos son más largos que un relato. Hay novelas cortas, que por su reducida extensión, alcanzan menos páginas que algunos cuentos largos. El asunto entonces no puede medirse por la cantidad de páginas, pues esto depende mucho de la moda de la época, etc... Lo importante es que se trata verdaderamente de un solo acontecimiento material o espiritual narrado. Juan Bosch, nuestro más relevante cuentista, tiene cuentos muy cortos como "La Mujer" o "Los Amos", pero tiene también cuentos bastante largos como "La Muchacha de La Guaira", "El Indio Manuel Sicuri" o el famoso "Cuento de Navidad". De ninguna manera podemos decir que los primeros son más cuentos que los segundos o viceversa. Todos ellos satisfacen perfectamente las notas distintivas del género.

Se suele decir que a mayor intensidad, menor extensión y correlativamente, a menor intensidad, mayor extensión. Estas ecuaciones son verdaderas en general, pero no son condición necesaria de un buen cuento.

Antes de concluir, es preciso referirnos a otro aspecto conflictivo: la relación entre el cuento y la realidad. De hecho no es una polémica específica del cuento, sino de toda obra literaria. Debemos entender que la literatura es análoga a la realidad; sin una realidad que inspire, motive o sirva de referencia al narrador, no podría escribirse narración alguna. Pero esto no significa que estemos limitando o coartando la libertad del creador. En el caso específico del cuento, este género además de mantener una relación de analogía, también es una síntesis de la realidad. En pocas palabras, en solo unos cientos de palabras, se plantea de manera analógica un problema de la realidad, dentro del marco limitado de la ficción. Con tal de que mantenga la necesaria unidad y coherencia, el cuento es válido con esa referencia sintética y analógica a su referencia.

La vida, en realidad, es mucho más maravillosa y compleja que la mejor de las narraciones... lo que le falta a

veces son los valores estéticos que encontraremos siempre
en la literatura.

Enero del 1994,
Carlos Fernández-Rocha

Colón:
Este libro se terminó de imprimir
en febrero del 1994 en las talleres
de la imprenta Amigo del Hogar,
Santo Domingo, D.N.

que se ha convertido en un hecho. El hecho es que, en los últimos años, se ha producido una gran transformación en el mundo. Este libro se terminó de imprimir en febrero del 1994 en los talleres de la imprenta Amigo del Hogar, Santo Domingo, D.N.

Colofón:

**Este libro se terminó de imprimir
en febrero del 1994 en los talleres
de la imprenta Amigo del Hogar,
Santo Domingo, D.N.**

INDUSTRIA DE TABACO LEON JIMENES, S.A.

